12000

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

VIVIR EN GRANDE

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2

1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á casa .. que llueve	1	D. Ayllón López	Todo.
¿Central?	1	Adolfo Llanos	»
En la pendiente	1	F. Javier Santero	»
Esperanzas	1	F. Javier Santero	»
El tarjetero de marfil	1	Mariano Vallejo	»
Entre el amor y el deber	1	José Soto Peireño	»
La boda de mi criada	1	E. Segovia	»
Los demonios en el cuerpo	1	M. Echegaray	»
Los sinapismos	1	Ricardo Blasco	»
Patria y libertad	1	Márcos Zapata	»
Quedarse en tierra	1	Eduardo Navarro	»
La señora de Matute	2	Navarro	Mitad.
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	Todo.
El doctor Lorenzo	3	Rossendo Arus	»
El nuevo Tenorio	3	Bartrina y Arus	»
La doctoresse	3	Ferrièr y Boccage	»
La huella del crimen	3	Rossendo Arus	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Artan	»
Tête de Linotte	3	Barriere y Gondinet	»
Vivir en grande	3	Miguel Echegeray	»
Felipe Derblay	4	Georges Ohnet	»

ZARZUELAS.

Chin-Chin	1	Sres. Perrín, Palacios y Nieto.	L. y M.
De Lavapiés á Galicia	1	Arango y Viaña	L. y M.
Dos viruelas á la vejez	1	Emilio Ramos	L.
El cuento del año	1	Eduardo Navarro	L.
El club de los feos	1	Perrin y Palacios	L.
El figón de las desdichas	1	Antonio Llanos	L.
El grito del pueblo	1	Granés y Cereceda	L. y M.
El oro de la reacción	1	Fernandez. Caballero	M.
Juanito Tenorio	1	Manuel Nieto	M.
Juegos Icarios	1	Manuel Nieto	M.
La Lolilla ha parecido	1	E. Sanchez Seña	L.
Manicomio político	1	Eduardo Navarro	L.
Modus-vivendi matrimonial	1	Manuel Nieto	M.
Toros embolados	1	M. Nieto	M.
Tres y repique	1	E. Navarro	L.
Tula	1	Rafael Taboada	M.
El estudiantillo	3	López Ayllón	L. y M
Las amazonas del Gauges	3	Casademunt	1/2 L.
Manolito el Rayo	3	López Ayllón	L. y M.

VIVIR EN GRANDE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.

VIVIR EN GRANDE

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la PRINCESA en la noche del 19 de Febrero de 1887.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1887.

PERSONAJES.		ACTORES.
MERCEDES	Srta.	Mendoza Tenorio.
SERAFINA		Guerra.
ROSA		Martínez (Julia).
LEONOR		Llorente.
PURA		Morales.
ELENA		Conde.
JUANA		Mavillard.
DON LEÓN	Sres.	Mario.
CÁRLOS		Sánchez de León.
DON RAMÓN		Rosell.
PABLO		Fornoza.
PEPE		Martínez.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con mucho lujo.

ESCENA PRIMERA.

PEPE durmiendo en una butaca. Se oye un campanillazo. Se despierta.

¡Qué sueño tan delicioso!
(Nuevo campanillazo.)
Me parece que han llamado.
¿Si volverá el señorito?
(Campanillazo violento.)
¡Menudo campanillazo! (Sale por el fondo.)

ESCENA II.

CÁRLOS y PEPE por el fondo.

CARLOS. ¿Qué calma tienes?
PEPE. Señor...
dispense.
CARLOS. Bien empezamos.
He llamado veinte veces,
estuve una hora esperando.
PEPE. Á la cuenta me dormí.
CÁRLOS. ¡Pues vaya un sueño pesado!

Si se despierta mi madre
con tantos campanillazos,
y se entera de que vengo
á tales horas, me gano
un sermón que ni en cuaresma.
¿Qué hora es ya?

PEPE. Las ocho y cuarto.

CARLOS. Que no vuelva á sucederte.

PEPE. No, señor, soy un criado
puntual, que sabe cumplir
con su obligación, don Cárlos.
Como soy nuevo en la casa
ignoraba que mi amo
solía venir tan tarde,
quiero decir, tan temprano.

CARLOS. Pues ya lo sabes.

PEPE. Lo sé,
señor.

CARLOS. Ya estás enterado.
Yo siempre vengo á estas horas
ó un poco más tarde.

PEPE. (Vamos,
este juega.)

CARLOS. Y siempre vengo
con un humor de los diablos.

PEPE. (Y pierde.)

CARLOS. Y hoy estoy ciego
de rabia.

PEPE. (Y hoy no ha ganado.)

CARLOS. ¿Qué murmuras?

PEPE. Señorito,
nada.

CARLOS. Márchate.

PEPE. (Me largo.)
(Sale por el fondo.)

ESCENA III.

CÁRLOS.

¡Vaya una noche de prueba!
¡Valiente rato me han dado!

Vengo aburrido, molido
y rendido y sin un cuarto.
¡Maldita suerte la mía!
Veinte duros á un caballo.
Sale un as. Sigo impasible.
Cincuenta duros á un cuatro
y vuelve á salir un as.
Apunto á un cinco de bastos,
sale un tres, apunto á un tres
y sale entónces un cuatro.
Por ver si cambia mi suerte
dejo de jugar un rato;
empiezo otra vez con brío:
dos mil reales á un caballo,
sale un rey, pongo á una sota,
sale un rey, apunto á un cuatro,
¡y vuelve á salir un rey!
¿Por qué seré yo monárquico?
Y enfrente de mí, tranquilo,
ese venturoso Pablo,
con su risita burlona
barajando y barajando,
desplumándonos á todos,
brotándole de las manos
las pesetas y los duros
y los billetes de banco.
(Se pasea agitado. Pausa.)
No me he atrevido á ir á verla.
¿Para qué? No se hace cargo
de mi situación jamás.
Tiene tres caprichos diarios,
¿y cómo satisfacerlos?
Y si no los satisfago
tendremos nervios y lágrimas,
y hoy no estoy yo para llantos.
¡Es tan hermosa! Por ella
pido, juego, triunfo, gasto,
doy mis días al desorden
y mis noches al escándalo,
y mi dinero á la usura
y el cuerpo y el alma al diablo.

ESCENA IV.

CÁRLOS y D. RAMÓN por el fondo.

RAMON. Muy buenos días.
CARLOS. Felices.
RAMON. ¿Cómo va, querido Cárlos?
CARLOS. Así, así. ¿Y usted?
RAMON. Tan bueno,
y tan contento y tan guapo.
CARLOS. ¿Y con el humor de siempre?
RAMON. Vaya, parezco un muchacho.
Pero, ¿qué te pasa, chico?
¿Por qué tan triste y tan pálido?
¿Algún disgusto?
CARLOS. Cincuenta.
¡Hoy estoy más contrariado!
RAMON. Vamos, salió la contraria.
CARLOS. La misma. Me desplumaron.
RAMON. Pero, Carlitos, por Dios,
mira que vas caminando
á un abismo, que te pierdes.
Oye mi voz, yo te hablo
como si fuera tu padre,
yo que soy cual un hermano
del pobre Pepe.
CARLOS. No puedo
dominarme. Lucho y caigo.
Me enloquece, me domina
y me arrastra. Soy su esclavo.
¿Usted no ha jugado nunca?
RAMON. ¿Quién? ¡Yo! ¿Qué si yo he jugado?
Cárlos, yo fuí un perdido
de primera fuerza, máximo;
yo tuve todos los vicios
y todos me dominaron:
la gula, el vino y el juego,
las mujeres y el tabaco.
He hecho el amor á casadas
y á solteras: me he burlado
de padres y de maridos

y de novios y de hermanos.
He corrido cien mil bromas,
he dado cien mil sablazos,
me he visto en cien mil apuros,
salí con muchos trabajos
y volví á meterme en líos,
sin aprensión ni cuidado,
y nunca me arrepentí,
y pasé muy buenos ratos,
y me he divertido mucho
y nadie me ha dado un palo.
Con que... atiende á mis razones,
hombre, por Dios, hazme caso,
corrígete, que ya es hora,
¡que tienes veintiseis años!

CARLOS. ¿Usted tiene cuatro mil
reales?

RAMON. ¡Yo! Ni cuatro cuartos.

CARLOS. Los necesito, los quiero.
Si esta noche no los gano
ó no me los dan, los robo.

RAMON. ¡Pero, Cárlos; pero, Cárlos!

CARLOS. ¡Si son para ella!

RAMON. ¿Para ella?

CARLOS. Para la mujer que amo.

RAMON. ¿Para Rosa?

CARLOS. No, Ramón.
¡Para María! ¡Qué encanto
de mujer!

RAMON. ¡No me lo digas!

CARLOS. Quiere llevar al teatro
esta noche, una sortija
y una pulsera, regalo
que por fuerza la he de hacer
por ser hoy su cumpleaños;
y el dinero, don Ramón,
á ver, ¿de dónde lo saco?

RAMON. Pero, chico, vuelve en tí;
no seas tan mentecato
con las mujeres. ¡Por Dios!
¡Mira que dan muy mal pago!
Después de tantos favores

y de lo que me he gastado
con ellas, hoy no me miran,
porque me ven viejo, calvo
y con este levitín
que estrené el treinta de Marzo
del cincuenta y seis en un
banquete de milicianos.
Á las mujeres les gusta
mucho, tienen entusiasmo,
amor, por la ropa nueva.
Docenas he conquistado
con un frac azul marino
y con un pantalón blanco.
¡Me llamaban el buen mozo!
¡Y qué placer ir al lado
de una, vestido, compuesto,
y planchado, y perfumado,
y verla llena de joyas
haciéndonos arrumacos,
y decir: todo eso es mío,
yo todo se lo he comprado!
¡Uno se pone tan hueco,
tan orgulloso, tan ancho!
Conque... nada... no hagas eso,
¡por Dios! ¡Que estás caminando
á un abismo! Oye la voz
de un Tenorio escarmentado.

CARLOS. ¿En dónde habrá mil pesetas,
mil nada más?

RAMON. En el Banco.

CARLOS. ¡Y mi padre que no manda
dinero!

RAMON. Si os ha enviado,
desde que á América fué,
un dineral.

CARLOS. Nos gastamos
en dos días lo que él manda
en un mes.

RAMON. ¡Está ganando
un potosí!

CARLOS. ¡Don Ramón!

RAMON. ¿Qué quieres?

CARLOS. ¡Sea usted humano!
RAMON. ¿Qué pretendes?
CARLOS. Si voy me echa.
Vá usted primero, y hablando
en mi favor...
RAMON. Pero, chico.
CARLOS. ¡Por piedad!
RAMON. ¡Vaya un encargo!
CARLOS. ¡Vaya usted, y dígala
que estoy loco y arruinado,
y que me olvide!
RAMON. Esa es cosa
diferente. Disgustado
voy, pero voy al momento.
Hago el sacrificio, le hago.
Y esa mujer, ¿es bonita?
CARLOS. ¡Una maravilla, un pasmo!
RAMON. Nada; pues voy, sí que voy.
CARLOS. Vuelva usted pronto, le aguardo
para almorzar. ¡Buenas ostras,
champagne, un soberbio habano
y rico café!
RAMON. ¡Bribón!
Cómo me conoce el flaco.
¡La gula! Mi solo vicio.
¡En los demás, de reemplazo!
Sólo me queda el estómago.
¡Dios me lo conserve sano!

ESCENA V.

DICHOS, SERAFINA y MERCEDES por la izquierda.

SERAF. Cárlos.
CARLOS. Mi querida madre.
SERAF. Don Ramón, cuánto celebro
verle por casa.
RAMON. (Saludando.) Señora...
(¡Qué gran mujer en sus tiempos
ha debido ser!) Mercedes...
MERC. ¿Cómo le va á usted?
RAMON. Tan bueno.

Y usted tan retebonita.
MERC. Y usted tan relisonjero.
RAMON. La verdad, la verdad siempre.
¡Vaya una cara y un cuerpo!
¡Y qué vestido!
MERC. De casa.
RAMON. ¿Cómo llama usted á eso?
MERC. Matinée.
RAMON. Usted sí que es
matinée.
CARLOS. (¡Pero este viejo!)
RAMON. Y hasta auroré.
SERAF. Don Ramón,
don Ramón, no divaguemos.
CARLOS. (Bajo.) (Pero, ¿no va usted?)
RAMON. (Id.) (Ahora.
Espérate. Sobra tiempo.)
¡Cómo la mima su madre!
¡Qué elegante! ¡Es un modelo,
un figurín!
MERC. ¡Yo... por Dios!
CARLOS. Mi madre tiene amor ciego
por el lujo, es su pasión.
SERAF. No es lujo, ni mucho menos
el nuestro, querido Cárlos;
es un bienestar modesto.
Ojalá que fuese lujo;
amo el lujo, no lo niego.
Si á la vida material
tan solamente atendemos,
si ha de bastarnos no más
que el necesario sustento,
el pan nuestro cotidiano,
y para encubrir el cuerpo
dos trapos, y para abrigo
cuatro paredes y un techo,
para eso, ¿por qué luchar
por vivir? ¿Es vivir eso?
He odiado toda mi vida
lo mezquino, lo pequeño,
lo preciso, lo vulgar,
lo del día. No comprendo

vivir lleno de zozobra,
febril, angustiado, inquieto,
siempre pensando en mañana,
siempre escatimando un céntimo,
negando todas sus dichas
al espíritu y al cuerpo,
y á la vanidad sus glorias
y sus pompas. No; prefiero
morirme si he de vivir
con tan raquíticos medios.
¿Á qué clamar contra el lujo,
si es él la vida y el nervio
de la sociedad moderna?
Sin sus estravíos bellos
¿dónde llevara el artista
sus mármoles y sus lienzos,
el poeta sus creacíones,
el cantante sus gorgeos,
la fábrica sus encajes,
sus sedas y sus espejos,
el oriente sus perfumes,
la América sus inventos,
y el mar de coral y perlas
los profundos criaderos?
La moderna sociedad
es pompa y es movimiento
y es brillo, vive del lujo,
nosotras le sostenemos...
¡el mundo entero, hijo mío,
nos debe agradecimiento!

CARLOS. Eso es hablar como un libro.
RAMON. Pero como un libro bueno.
MERC. Por eso todas las tardes
con preferencia al paseo
nosotras vamos á tiendas;
de este modo protejemos
al comercio y á la industria
y á las artes.
RAMON. Muy bien hecho.
SERAF. No, pues lo que es desde hoy
las tiendas se concluyeron.
¿En qué pensará tu padre?

Hace ya un mes, mes y medio
que de América no manda
dinero. Yo sin dinero
no compro. Y ya necesito
algunas cosillas. Creo
que no me he de arruinar. Nada.
Algún capricho ligero.
Unos pendientes que he visto
en casa de Marzo. Un cerco
de brillantes y una perla.
Son bonitos. El joyero
pide mil duros: los valen.

MERC. Yo también tengo un deseo,
ya lo sabes.

SERAF. Ya lo sé.
¡Pobre Mercedes!

RAMON. ¿Qué es ello?

SERAF. Arreglar su tocador.
Tiene razón: ya está viejo.
Un secretaire... una alfombra...
cuatro cuadros... cuatro tiestos.
Le tendrás: veinte mil reales.
Desde ahora te abro ese crédito.

CARLOS. Pues yo tenía también
un capricho.

SERAF. Pedigüeño.
El caballo inglés. ¿Qué hacer,
don Ramón?

RAMON. Pues concederlo.

SERAF. ¿Eh? ¿qué le parece á usted,
qué dice usted de todo esto?

RAMON. Que quién tuviera una madre
para pedirla unos céntimos
para comprar unos forros
á esta levita modelo
que estrené el cincuenta y seis.

MERC. (¡Pobre señor!)

SERAF. Para eso
seré su madre.

RAMON. ¿De verás?

SERAF. Lo va usté á ver.

RAMON. Quiero verlo.

¡Usted mi madre, señora!
¡Mi madre usté, y yo su abuelo!

ESCENA VI.

DICHOS, ROSA por la izquierda.

ROSA. Buenos días.
CARLOS. ¡Rosa!
ROSA. ¡Cárlos!
RAMON. Ha llegado usted á tiempo.
Está su tía de usted,
hoy tal, de un humor tan bello,
que á todos ha concedido
cuanto la vamos pidiendo.
Conque... puede usted hablar.
ROSA. No haré tal: yo nada tengo
que pedir, pues sin pedir
me concede cuanto quiero
adivinando mis gustos,
leyendo en mi pensamiento.
SERAF. ¡Zalamera! Pero tú,
Cárlos, ¿qué dices? ¡Qué sério
con tu prometida!
CARLOS. Yo...
MERC. Siempre el mismo.
CARLOS. No por cierto.
Ya sabe Rosa que es ella
la sola mujer que quiero.
MERC. Pues podias no quererla
cuando es un ángel del cielo.
RAMON. Ya lo creo, es un pimpollo
tan delicado, tan tierno.
Yo vengo solo por verla,
por mirar esos luceros
y esa boca!
SERAF. ¡Don Ramón,
don Ramón! Siempre teniendo
que llamarle á usted al orden.
RAMON. En cuestión del bello sexo
revolucionario soy,
cantonal y otros extremos.

vengo á verla, si señora,
vengo con el mismo objeto
que algún otro.

ROSA. ¿Se refiere
usted á Pablo?

MERC. ¿Al banquero
de mi padre?

RAMON. ¿Por qué no?
Es millonario y soltero,
y bien parecido y joven.

ROSA. Pues no pierda usted el sueño,
que ese no viene por mí.

CARLOS. Por mí, tampoco.

RAMON. Lo creo.
Ni por mí, creanme ustedes
sin que jure.

CARLOS. Lo creemos.

RAMON. Pero hay una que se calla
y á quien delata el silencio.

MERC. No necesito negar
lo que todos están viendo;
viene á asuntos, á negocios
y nada más.

RAMON. Bueno, bueno,
yo no insisto más.

JUANA. (Entrando.) Señora. (Por el fondo.)

SERAF. ¿Qué hay?

JUANA. La señora de Nieto.

SERAF. ¿La de Nieto? Dí que pase. (Sale Juana fondo.)

CARLOS. ¡Visita! ¡Desaparezco! (Sale por la derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS, LEONOR por el fondo.

SERAF. Leonor...

LEONOR. Serafina... niñas...

RAMON. Señora.

LEONOR. Su mano beso.

RAMON. (¡Á pesar de sus cuarenta
está muy guapa! Fué género
superior!)

SERAF. ¿Cómo á estas horas?
¿No se sienta usted?
LEONOR. Me siento
un instante. Tengo prisa.
Perdóneme usted si vengo
á molestar tan temprano,
mas como no tengo tiempo
para nada, salí á misa,
y al volver, dije: aprovecho
la ocasión para subir...
¡Bonito vestido! ¿Es nuevo? (Á Mercedes.)
MERC. Sí, señora.
LEONOR. Muy bonito.
Pues como decía, vengo
para ofrecerles mi casa.
SERAF. ¿Se ha mudado usté?
LEONOR. Al paseo
de la Castellana.
SERAF. ¡Ah! sí.
LEONOR. Un hotelito pequeño,
pero cómodo, elegante
y ventilado. No puedo
con estas casas por pisos,
estos tristes agujeros,
estas inmundas colmenas.
SERAF. Yo como usted las detesto.
LEONOR. ¡Qué bien peinada estás, pícara! (Á Rosa.)
ROSA. Mil gracias.
LEONOR. Tienes un pelo...
Pues, como digo, es horrible
vivir en este hormiguero
donde hay vecinos incómodos
que tienen chicos y perros,
y resignada sufrir
la tutela del portero.
No sé cómo ustedes pueden
aguantar...
SERAF. Yo también pienso
para el mes que viene...
LEONOR. ¿Sí?
RAMON. (Bien: ya veo que tendremos
hotel.)

MERC. Con su jardinito,
¿verdad, mamá?
SERAF. Por supuesto.
ROSA. ¡Qué felicidad!
LEONOR. ¿Qué importa
vivir un poquito lejos?
En poniendo coche.
SERAF. Es claro.
¿Y qué hacer?
RAMON. (¡También pondremos
coche!)
LEONOR. No puedo ir á pie.
Eso si que no lo entiendo.
¡Hay ya cosa más vulgar
ni más fastidiosa!
RAMON. Si eso
lo hace cualquiera.
LEONOR. ¡Qué horror!
Un día salí á paseo,
cerca de casa, al Retiro,
hora y media ó poco menos,
¿qué dirá usted que hice? Fuí
toda la tarde en silencio
contando los pasos.
MERC. ¿Sí?
LEONOR. Hija, seis mil cuatrocientos.
SERAF. ¿De veras?
ROSA. ¡Qué atrocidad!
LEONOR. Sí: desde entonces no he vuelto
á salir á pie. ¡Jesús!
seis mil pasos. Me estremezco
al pensar.
RAMON. Son muchos pasos.
LEONOR. ¡Uf! Que los ande el cochero,
digo el caballo. Yo siempre
en mi coche. ¿Es terciopelo? (Á Serafina.)
SERAF. ¿Le gusta á usted?
LEONOR. Mucho, mucho.
Tengo tanto quebradero
de cabeza, tanto asunto,
y gracias á don Mamerto,
mi administrador, que es listo

y muy honrado. No puedo
yo ocuparme.

SERAF. Yo tampoco.
Eso es cosa de hombres.

LEONOR. De ellos.

SERAF. Don Ramón.

RAMON. Señora...

SERAF. Nada.

RAMON. (La adiviné el pensamiento.
Iba á hacerme de repente
su administrador... sí... pero
me ha mirado la levita
y se arrepintió al momento.)

LEONOR. Hijas, tengo tantos gastos.
He sacado del colegio
á mis niñas. Las traeré
un día. Son dos luceros.
Se hán educado en Paris.

SERAF. Traígalas usted. Tendremos
un placer.

LEONOR. Ellas también.
¡Jesús! Cómo me entretengo.
¡Adios, Serafina! ¡Adios, (*Á Mercedes.*)
encantadora! ¡Adios, cielo! (*Á Rosa.*)
Por la otra puerta saldré.
Estoy más cerca y hoy tengo
tanto que hacer.

SERAF. Como quiera
usted, Leonor.

LEONOR. Caballero...
¿os gusta el sombrero?

MERC. Mucho.

LEONOR. Excuso decir que es vuestro.
(*Salen por la izquierda, segundo término.*)

ESCENA VIII.

D. RAMÓN.

¡Oh, mujeres vanidosas!
Movidas por el ejemplo,
son capaces de arruinar

en cuatro días á Creso.
Vamos á ver á esa ninfa.
Ya estoy conmovido y trémulo.
Teniendo que ver á alguna,
en cuanto tomo el sombrero,
siento unos escalofríos
terribles por todo el cuerpo.

ESCENA IX.

D. RAMÓN y PABLO por el fondo.

PABLO. Buenos días, don Ramón.
RAMON. Téngalos usted muy buenos.
(¡Qué simpático, y qué amable!)
PABLO. ¿Se marcha usted?
RAMON. Pronto vuelvo.
PABLO. ¿Sin un cigarro?
RAMON. Eso no.
(¡Ay, qué breva! ¡Dios del cielo!)
Hoy tengo algunos negocios.
PABLO. Entonces no le detengo.
RAMON. (¡Oh, injusticias de la suerte!
¡Tan joven y ya banquero!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA X.

PABLO.

No está aquí. Siempre la veo
con la madre. ¡Aún esperar!
Nunca la he podido hablar
á solas como deseo.
Amante sigo su huella,
y sólo cuando la miro
se ensancha el pecho y respiro,
y soy venturoso... ¡Es ella!

ESCENA XI.

PABLO y MERCEDES.

MERC. (Entrando muy de prisa.)
Don Ramón, dispense usté
si le hemos dejado así.
¡Ah! (Sorprendida.)
PABLO. Don Ramón no está aquí.
Hace un instante se fué.
Mas, ¿por qué se queda muda?
Si don Ramón se marchó
en su lugar estoy yo;
un buen amigo.
MERC. (Turbada.) Sin duda.
PABLO. ¿No me quiere saludar?
MERC. ¡Yo! ¿Por qué razón?
PABLO. Mercedes,
¿qué tal? ¿cómo están ustedes?
MERC. Pues estamos regular...
Yo, muy bien... ya me vé usté...
y mamá también se cuida.
¡Voy á llamar en seguida
á mi mamá! (Intenta alejarse.)
PABLO. ¿Para qué?
No me deje usted así.
¡Venía á hacer compañía
á Ramón!
MERC. Á eso venía.
PABLO. Hágamela usted á mí.
¿Á qué tan grave mutismo
y tal timidez? ¡Por Dios!
Lo mismo somos los dos.
MERC. Lo mismo, no.
PABLO. Sí, lo mismo.
¿Qué diferencia encontró
entre ambos? Una quizás.
MERC. Muchas.
PABLO. Una nada más.
Él tiene canas, yo no.
MERC. ¿No es diferencia?

PABLO. Maldita.
Que tiene canas infiero
siempre aquél que es caballero,
cuando habla á una señorita.
Usted en la edad está
de la ilusión y la fé,
yo de los treinta pasé
y no soy un niño ya,
y arrugas llevo en la frente;
y pues soy un fiel amigo,
puede estar sola conmigo,
Mercedes, tranquilamente.
Conque hablemos, y no esté
con temor.

MERC. No temo, no.

PABLO. ¡Tengo tanto gusto yo,
tanto en hablar con usté!...
¿Por qué las desdichas mías
impiden que ni un momento?...

MERC. Es usted muy descontento.
Hablamos todos los días.

PABLO. Donde nos pueden oir,
siempre delante de gente,
siempre de algo indiferente
que yo no quiero decir.
Lo que yo siempre anhelé
es hablar cual hablo ahora.
¡Mercedes encantadora,
hablar solos!

MERC. ¿Para qué?

PABLO. Hasta hoy no lo conseguí.

MERC. No se me alcanza el objeto.

PABLO. Para confiarla un secreto
que ya no me cabe aquí.
Por él sin paz y sin calma
vive mi alma dolorida.
¡El secreto de mi vida!
¡El tormento de mi alma!

MERC. ¿Cómo á una niña confiar
secreto de tal valer?

PABLO. Porque es la sola mujer
que me lo puede guardar.

¡Cual tesoros de valor
secretos lleva en su fondo
el alma, y uno, el más hondo
de todos, que llama amor!
Y esta angustia aquí escondida
ninguno la puede ver.
Sólo la debe saber
una, la mujer querida.
¡Por eso los desdichados
que por el amor sufrimos
y que en silencio vivimos
locos y desesperados,
como el único consuelo]
para el mal que nos da guerra,
vamos buscando en la tierra
al sér que causa este anhelo;
y á sus piés con mil temores
venimos á suplicar
á ver si quiere tomar
la mitad de estos dolores;
pues si de estas agonías
aceptan el sufrimiento
las truecan en un momento
en inmensas alegrías!

MERC. Pablo, no prosiga, no.
No he podido comprender...
Busca usted una mujer
y soy una niña yo.
Usted me habla de pesar
y con frases dolorosas
me aflige; mas dice cosas
que yo no sé contestar.
Dispense usted si le hablo
en tonto... de esta manera
tan... así... mamá me espera.
¡Adios!... ¡Hasta luego, Pablo!

ESCENA XII.

PABLO.

¡Qué hermosa! ¡Cómo el rubor

ha teñido su mejilla!
¡Me encanta esa maravilla
de modestia, de candor!
Después de haber soportado
tantas veces la mirada
de la mujer degradada,
que con audaz desenfado
en nuestros ojos se para
y que en insolencia crece,
y que al mirarnos parece
que nos fustiga la cara.
¡Qué delicia, qué consuelo,
contemplar estos sonrojos
y ver estos dulces ojos
que humildes miran al suelo!
Solo al verla enloquecí.
¡Por ella la vida entera!
¡Oh! ¡suceda lo que quiera,
ella será para mí!

ESCENA XIII.

PABLO y PEPE por la izquierda.

PEPE. Caballero, la señora
que pase usted al salón.
PABLO. Vamos.
PEPE. ¡Don Pablo!
PABLO. Bribón.
¡Aquí tú! ¿Qué haces ahora?
PEPE. Pues sirviendo; ¿qué he de hacer?
PABLO. No te he visto aquí jamás.
PEPE. Soy nuevo en la casa.
PABLO. ¿Estás
hace poco?
PEPE. Desde ayer.
¿Usted tan bueno?
PABLO. Eso sí.
PEPE. Y la señora ¿volvió
con usted?
PABLO. ¡Silencio! Yo
no tengo señora aquí.

PEPE. ¡Ah!
PABLO. Soy soltero.
PEPE. Mejor.
PABLO. Soy libre. ¿Me has entendido?
PEPE. Vaya.
PABLO. Y no me has conocido
en la vida.
PEPE. No, señor.
PABLO. Ten prudencia.
PEPE. La tendré.
PABLO. Y no te arrepentirás.
PEPE. ¿Y nada más?
PABLO. Nada más.
¿Puedo pasar?
PEPE. Pase usté.
(Sale Pablo por la izquierda.)

ESCENA XIV.

PEPE.

Siempre en lides amorosas
de don Juan ganando el nombre.
Me callaré, que este hombre
paga muy bien estas cosas.
¡Muy bien! Hablaré bajito,
no me oïgan estas paredes.
La señorita Mercedes,
de seguro... ¡El señorito! (Sale por el fondo.)

ESCENA XV.

CÁRLOS por el fondo, con dos estuches.

Al fin conseguí dinero,
¡Ay! ¡me han hecho el gran favor!
¡Nada hay tan útil, señor,
nada como un usurero!
Fuí á casa de Simón,
que es de los más serviciales.
Vengo por cuatro mil reales,
le dije de sopetón.

Y él con sonrisa fingida
y con manera gentíl,
me dijo: firma ocho mil
y te los doy en seguida.
Firmé como en un barbecho;
le pregunté: ¿qué interés?
Él me dijo: treinta al mes;
y yo le dije: está hecho.
Me dió el dinero el coloso
y ya despachado y listo
salí diciendo: no he visto
un hombre más generoso.
¡Qué poco el necio se cuida
de sus rentas y caudales!
Porque estos cuatro mil reales
él no los ve ya en su vida.
¡Me salvé! ¡Qué hermoso broche!
¡Qué sortija! ¡Qué pulsera!
Fuí á verla, estaba fuera,
pero volveré esta noche.
Mil pesetas en un día.
Como siga así me pierdo. (Abre los estuches.)
Aquí dice... erre... Recuerdo.
Y aquí dice... eme... María.

ESCENA XVI.

CÁRLOS, MERCEDES y ROSA por la izquierda.

MERC. ¿Vienes, Rosa?
ROSA. Ya te sigo.
MERC. No debemos estorbar.
Á solas pueden tratar
sus asuntos, ven conmigo.
ROSA. ¿Es tu hermano?
MERC. Es tu futuro.
ROSA. Es él con la vista fija
en no se qué.
(Se acercan á Cárlos y se colocan á derecha ó izquierda de él.)
MERC. ¡Ay! ¡qué sortija!
ROSA. ¡Ay! ¡qué pulsera!

CARLOS. (¡Ay! ¡qué apuro!)
MERC. ¿Qué es esto, Cárlos?
CARLOS. (¡Ay! ¡Dios!)
ROSA. ¿De quién es esto?
CARLOS. Esto es...
ROSA. ¿Para quién es esto?
CARLOS. Pues...
MERC. Pues toma, para las dos.
ROSA. ¿Es de veras?
MERC. ¿Dudar puedes?
Mira esa cifra preciosa.
ROSA. (Cogiendo un estuche.)
Tienes razón: erre... Rosa.
MERC. (Cogiendo el otro.)
Es claro... y eme... Mercedes.
CARLOS. Eso es.
MERC. Y el aro es muy fuerte.
CARLOS. Lo acertásteis.
ROSA. ¡Ay! ¡qué gusto!
CARLOS. (¡Erre... rabia y eme... justo!...
¡Maldita sea mi suerte!
MERC. !Mira qué bien se portó!
ROSA. ¡Qué amable; qué caballero!
CARLOS. (¡Bravo! ¡otra vez sin dinero!
Ahora, ¿qué voy á hacer yo?)
ROSA. ¡Estoy más agradecida!
La llevaré eternamente.
MERC. Dala un abrazo.
CARLOS. Corriente.
MERC. Dame otro al punto.
CARLOS. ¡En seguida!

ESCENA XVII.

DICHOS y D. RAMÓN por el fondo.

CARLOS. Don Ramón.
RAMON. Ya estoy aquí. (Bajo.)
Todo está arreglado ya.
Dame un abrazo.
CARLOS. Allá va.
¿Conque ya arreglado? (Id.)

RAMON. Sí.
CARLOS. ¿Y qué dice esa mujer,
esa Circe encantadora?
RAMON. Que vas dentro de una hora
ó no la vuelves á ver.
CARLOS. Pues voy en seguida.
RAMON. Espera.
Me ha dicho que para entrar
es necesario llevar
la sortija y la pulsera.
CARLOS. ¡Eso ha dicho!
RAMON. Y repitió
la orden muy incomodada.
Tú vas: no la llevas nada
y todo se concluyó.
Ella busca otro inocente
y á vivir y á gastar, ¿eh?
Ya ves cómo lo arreglé
todo.
CARLOS. Si. Perfectamente.
(¡Echarme! Me desespero.
La veré, aunque no la cuadre.
¿Cómo comprar? ¡Y mi padre
que no nos manda dinero!
¡Si lo que manda no alcanza
á nada! ¡No estoy en mí!)
¿Ha venido Pablo?
MERC. Sí.
CARLOS. (¡Ah, qué rayo de esperanza!)

ESCENA XVIII.

DICHOS y SERAFINA por la izquierda.

SERAF. Aquí estoy.
CARLOS. ¿Se fué el banquero
de papá?
SERAF. Sí que se fué.
Miradme bien.
RAMON. Trae usté
cara de traer dinero.
SERAF. Le traigo.

CARLOS. ¡Sí!
RAMON. (¡Qué profundo
suspiro!)
ROSA. ¿De veras, tía?
MERC. ¿Manda mucho?
RAMON. (¡Qué alegría
da el dinero á todo el mundo!)
SERAF. Tres mil duros.
RAMON. Duros son.
Gran vida se pueden dar.
SERAF. Pues no me van á sobrar.
Lo va usté á ver, don Ramón.
Ya me hallaba sin un cuarto
desesperada.
RAMON. (¡Oh mujeres!)
CARLOS. Vamos, mamá, si tú quieres
procedamos al reparto.
MERC. Si, reparto general.
RAMON. Sí, que se reparta, sí.
SERAF. Corriente: cada uno aquí
tiene su caja especial.
Mil duros serán bastantes
para mí, muy suficientes.
(Apartando unos billetes.)
RAMON. Vamos, para los pendientes
con el cerco de brillantes.
MERC. Primero, mamá, es lo justo.
ROSA. Lo natural, sí señor,
SERAF. (Dándola dinero.) Ven, para tu tocador,
veinte mil reales.
MERC. ¡Qué gusto,
qué fortuna, qué placer!
SERAF. Si me los dejas á mí,
los gasto.
MERC. Vengan aquí.
Irán á mi secretaire,
donde guardo mis tesoros.
CARLOS. Para mi caballo. (Poniendo la mano.)
SERAF. (Dando dinero.) Ten,
son para un caballo.
CARLOS. Bien.
RAMON. (Para el de copas ó el de oros.)

SERAF. ¿Y tú? (Á Rosa.)
ROSA. ¿Yo? ¡Qué tontería!
Nada.
RAMON. Vamos, pida usté.
MERC: Pide, Rosa.
SERAF. Te daré
á ti dos mil reales.
ROSA. ¡Tía! (La da dinero.)
SERAF. Don Ramón...
RAMON. Señora.
SERAF. Espero
que diga usted algo.
RAMON. Yo...
SERAF. De una levita me habló.
Treinta duros. (Da dinero.)
RAMON. ¡Yo me muero!
Quiero contener en vano
la emoción que me domina.
Permita usted, Serafina,
por Dios, besarla la mano.
Alma noble y generosa.
¡Oh! prodigio de virtud. (Cogiendo la mano.)
¡Solo un beso! Es gratitud,
señora, no es otra cosa.
¡Nunca he de dar al olvido!
¡Qué generosa, qué amable!
¡Es gratitud! ¡Qué agradable
es el ser agradecido! (Sale por el fondo.)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos D. RAMÓN.

MERC. ¡Pobre señor!
CARLOS. ¡Qué ligero
y qué contento se va!
SERAF. ¡Jesús! Si no tengo ya
más que muy poco dinero.
Y aún debo, ¡válgame Dios!
alguna que otra friolera:
un cuadro, una jardinera,

tapices y bibelós.
Y si me mudo á un hotel,
he de ponerlo elegante.
¡Si no hay dinero bastante
viviendo en esta Babel!

CARLOS. Pues á mí falta me hacía
un poco más.

SERAF. Lo que es hoy
se ha concluído. Ya no doy
ni un real.

ROSA. Guárdelo usted, tía.

CARLOS. ¡Mil pesetas! ¡Por Dios, madre!

SERAF. No doy un real.

ROSA. Así, así.

SERAF. (Dándola una carta.) ¡Ah! Mercedes, para tí.
una carta de tu padre.
(Salen por la izquierda Serafina, Rosa y Cárlos.)

ESCENA XX.

MERCEDES.

MERC. (Loca de alegría.)
Que habitación tan preciosa
mi tocador ha de ser.
¡Ideal! Le he de poner
todo de color de rosa.
Mis muebles están tan viejos
y tan feos. ¡Fuera, fuera!
Tendré una gran pajarera
y muchísimos espejos.
No sé si me alcanzará,
pero haremos un poder.
Pediré más... Voy á ver
qué me dice mi papá.
(Abre la carta y lee: á medida que avanza en la lectura, se conmueve.)
«Mercedes: hija querida,
tu carta ayer recibí
y la contesto en seguida.
Si vieras qué triste vida

paso sin veros aquí.»
«Ni un solo instante te olvido;
si descanso ó si trabajo
en tí pienso conmovido
y mis labios por lo bajo
dicen tu nombre querido.»
«Y allá en la noche callada
me engaña mi mente loca,
pues siento al dar en la almohada
la frescura de tu boca
sobre mi frente abrasada.»
«Mercedes: mi ángel hermoso.
¡Qué triste es vivir ausente,
tan solo, tan silencioso!
¡Qué trabajo tan penoso!
¡Qué clima tan inclemente!»
«Un sol que lento camina,
y que siempre resplandece,
me consume, me asesina,
las entrañas me calcina,
y el cerebro me enloquece.»
«Inclinado al suelo va
tu pobre padre, hija mía,
lleno de canas está
y parece un viejo ya
siendo joven todavía.»
«Alguna vez desconfío,
pues la fuerza me abandona.
Más pronto vuelve mi brío.
—¡Por ella! grito, es tan mona.
¡Me quiere tanto, Dios mío!»
«Trabajo á más no poder,
aun no tanto como quiero;
pero más no puede ser,
y sólo sueño en hacer
dinero, mucho dinero.»
«Á nadie tengo conmigo
y solo me presta abrigo
una mezquina morada,
y me alimento con nada,
y vivo como un mendigo.»
«Y consigo ir aumentando

mi capital de este modo,
siempre en vosotras pensando,
y voy ganando y ganando,
y os lo voy mandando todo!»
«Dí á tu madre que la adoro
y que la ruego y la imploro
que con cuidadosa mano
guarde intacto ese tesoro
que para vosotras gano.»
«Pues tu padre al regresar
no quiere más alegría
que al fin poder descansar
en brazos del bienestar,
y en tus brazos, hija mía.»
Solo, triste, casi anciano,
trabajando sin cesar.
Mil besos quiero dejar
en donde puso la mano!

ESCENA XXI.

MERCEDES, CÁRLOS, por la izquierda.

CARLOS. (Lleno de entusiasmo.)
Al fin generosa fué.
Mi madre es un serafín,
no ha nacido otra. Por fin
los cuatro mil la saqué.
María espera sin calma,
voy á darla una alegría.
¡Corramos! ¡Pobre María!
(Sale corriendo por el fondo.)
MERC. (Rompiendo á llorar,)
¡Pobre padre de mi alma! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Comedor amueblado con lujo extraordinario en la planta baja de un hotel; puertas laterales; grandes puertas en el fondo, que dan paso al jardin. Mesa en el centro, estrecha y larga, para doce cubiertos, que ocupa casi toda la extensión del escenario.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y PEPE.

JUANA. Eh, ya está puesta la mesa.
PEPE. Para doce.
JUANA. ¡Qué conflicto
si llega á venir el trece!
PEPE. No vendrá. Los señoritos
se ríen de tales cosas.
¡Buena mesa!
JUANA. Qué servicio,
Pepe, qué lujo de casa.
PEPE. Dí más bien qué laberinto,
porque este lujo se paga
tarde y mal.
JUANA. Cierra ese pico
y no murmures.
PEPE. No me oyen.
¡Qué belén, Juana! (Bajando la voz.)

JUANA. ¡Qué líos! (Id.)
PEPE. ¡Buena señora!
JUANA. Una loca;
gastar y gastar sin tino.
PEPE. ¡Qué señorita!
JUANA. Una mema.
PEPE. ¡Qué don Cárlos!
JUANA. Un perdido.
PEPE. ¿Y la sobrina?
JUANA. Otra simple.
PEPE. ¿Pues, y don Pablo?
JUANA. Otro pillo.
PEPE. ¿Y don Ramón?
JUANA. Un gorrón,
indecente, sin principios,
ni educación, ni vergüenza.
RAMON. (Entrando por la derecha.)
Muy buenas tardes, amigos.

ESCENA II.

JUANA y RAMÓN.

PEPE. Muy buenas las tenga usted.
(¡Demonio! ¡Nos habrá oído!)
(Sale por la derecha.)
RAMON. (Contemplando la mesa.)
¡Oh, espectáculo sublime!
¡Oh, cuadro hermoso y magnífico!
¡Oh, qué centro, qué vajilla,
qué cristal, y qué olorcillo
desde la cocina llega
tan delicado, tan rico!
JUANA. Usted en viendo una mesa
todo lo olvida.
RAMON. Lo olvido,
porque todo me ha olvidado
antes, que tal es mi sino.
En otros días felices,
por mirar esos ojillos
y tener esa cintura
prisionera entre estos cinco

sobre mi pecho, un volcán
el año treinta encendido,
porque me dijeses tú
solo una vez ¡pichón mío!
me dejaba yo pichones,
perdices, pavos y nidos
de golondrinas, el *non*
plus ultra según los chinos.

JUANA. Pero hoy, señor don Ramón...

RAMON. Hoy te contemplo y suspiro,
Juana... y me siento á la mesa
suspirando.

JUANA. ¡Pobrecito!

RAMON. Con todo, ¡eres tú tan mona,
tienes un cuerpo tan lindo,
y Dios te ha dado unos ojos
tan brillantes y expresivos,
y una mano! (Cogiéndola la mano)

CARLOS. ¡Don Ramón!

JUANA. (¡Ay! ¡Dios mío! ¡El señorito!) (Sale.)

ESCENA III.

RAMÓN y CÁRLOS por la derecha.

CARLOS. ¡Pero señor don Ramón!

RAMON. Perdóname, Cárlos mío.
El contemplar esa mesa
es lo que me ha conmovido.

CARLOS. Pues no veo relación.

RAMON. Unidos por lazos íntimos
mi corazón y mi estómago
caminan siempre en unísono.
Al contemplar mesa espléndida
con manjares exquisitos,
he hecho el amor en seguida
á la primera que he visto;
y al ver un bonito cuerpo,
un pie ó unos ojos vivos,
en el mismísimo instante
se me ha abierto el apetito.

CARLOS. Don Ramón, usté que es bueno,
y bonachón, y benigno,
¿quiere usté hacerme un favor?
RAMON. No puedo.
CARLOS. Es un compromiso.
RAMON. Los favores que tú pides
requieren en tus amigos
tal desenfado y tal falta
de aprensión, que yo no sirvo,
francamente.
CARLOS. Don Ramón,
estoy loco.
RAMON. Comprendido,
se trata de ella.
CARLOS. Pues claro.
RAMON. Que necesita algún pico.
CARLOS. Si fuera eso sólo.
RAMON. ¿Sí?
CARLOS. ¡Algo más grave, un capricho
enorme! ¡Sabe que es hoy
un día de regocijo
en mi casa, que es el santo
de mi madre, que los íntimcs
vienen á comer aquí,
y quiere almorzar conmigo,
quiere que lo deje todo,
que vaya!
RAMON. ¡Qué desatino!
CARLOS. ¡Corra usted, don Ramón!
RAMON. ¡Yo!
CARLOS. Es necesario, preciso.
Háblela, discúlpeme.
Explíquela mis motivos.
Va usted, y almuerza con ella.
RAMON. Me rebelo, me resisto.
Aquí se almuerza mejor.
CARLOS. ¡Por Dios!
RAMON. ¡Déjame de líos!
Iré después de almorzar.
CARLOS. ¿Pero irá usted?
RAMON. Me resigno.
CARLOS. Voy á escribirla dos letras.

¡Qué mujer!

RAMON. ¡Qué basilisco!

CARLOS. ¡Compadézcame usted!
(Sale por la derecha en primer término.)

RAMON. Sí.
Te compadezco... ¡te envidio!

ESCENA IV.

RAMÓN y SERAFINA por la izquierda.

SERAF. ¿Qué dice usted de mi mesa?
¿Qué tal?

RAMON. Desde que he venido
estoy en contemplación,
absorto ante tal prodigio.

SERAF. Ya vé usted, ¿qué es esto en suma?
Cuatro platos bonitillos
y una docena de copas.
Pues me ha costado un sentido.
Es verdad que la vajilla
es inglesa, que he escogido
lo mejor y que las copas
son Bacarat, lo más fino,
y el centro y los dos fruteros
plata.

RAMON. ¡Plata!

SERAF. No concibo
comer sin comer así.
Sobre un mantel poco limpio,
en una fuente ordinaria,
con algún vaso de vidrio
y una cuchara de palo,
devorar un mal cocido,
es imposible.

RAMON. Imposible.
Eso es cosa de otro siglo.

SERAF. Todo el que sabe comer
pone sus cinco sentidos
al comer. Goza la vista
al comtemplar esparcidos
sobre una mesa brillante

tantos platos exquisitos,
el olfato al aspirar
el perfume de los vinos,
el paladar apreciando
especies, salsas y fritos,
el tacto que en el mantel
se ejercita, y el oído
recogiendo con cuidado
vibraciones y sonidos
de la plata y del cristal
que se chocan de contínuo.

RAMON. (¡Qué apetito me está abriendo
esta señora, Dios mío!)

SERAF. El comer mal no es comer,
es convertir en un suplicio
un placer; pero está todo
tan caro. ¡Jesús! Yo vivo
modestamente y me gasto
un dineral, y no tiro
el dinero. Nada de eso.
Ya ve usted, este hotelito
dos mil duros de alquiler
al año.

RAMON. Si es modestísimo!

SERAF. Aun debo cinco ó seis meses
y lo siento; y el servicio
ese le debo también,
y unos muebles que he tenido
que comprar. Cuatro tonteras.
Un paravent, un cuadrito,
dos estátuas y unas plantas
para el jardín. Mi marido
manda menos cada vez.
No sé en que piensa. Así vivo,
debiendo, y él ¿en que gasta?
en nada. Habita escondido
en unas minas de América,
en Honduras, entre indios.

RAMON. Con aquel calor ¿quién come,
ni quién se viste?

SERAF. Me ha escrito
diciendo que vuelve á España

muy pronto un señor, amigo
suyo, un señor Mendoza.
Por ese medio confío
recibir dinero. Estoy
más inquieta y con motivo,
porque veo que vendrán
en el momento más crítico.

RAMON. ¿Quién?

SERAF. El administrador
y el mueblista. Necesito
decir algo. ¿Quiere usted
ir en mi nombre ahora mismo
y prometerles?

RAMON. Después.
No es puñalada de pícaro.
Cuando dejemos la mesa.
(Vaya, la madre y el hijo
no quieren que coma yo.)

SERAF. Más no olvide.

RAMON. No me olvido.

ESCENA V.

DICHOS, MERCEDES y ROSA por la izquierda.

MERC. ¡Mamá!

ROSA. Mi querida tía.

MERC. Un beso.

ROSA. Un abrazo.

SERAF. Cinco.

ROSA. Felicidades.

MERC. Mamá.

SERAF. ¿Qué deseas?

MERC. Te suplico,
te suplicamos que vayas
á tu cuarto un momentito.

SERAF. Que vaya...

RAMON. Alguna sorpresa,
el regalo.

SERAF. Comprendido.
(¡Pobres chicas!) Vamos.

RAMON. Vamos.

(¡Qué fortuna tener hijos!)
(Salen por la izquierda.)

ESCENA VI.

MERCEDES y ROSA.

ROSA. ¿La gustará?
MERC. Por supuesto.
Pues no siendo de las dos.
Nos quiere, gracias á Dios,
tanto...
ROSA. Como es tan modesto,
Mercedes, nuestro regalo...
Mi tía es poco modesta.
Todo aquello que no cuesta
mucho la parece malo.
MERC. Es verdad.
ROSA. Yo siempre soy
desconfiada. ¿Más por qué
tan callada?
MERC. No lo sé.
ROSA. ¿Estás triste?
MERC. Sí lo estoy.
Vivo en constante pesar.
Me aflige á cada momento
el negro presentimiento
de algo que me va á pasar.
El pecho vive angustiado
bajo esta constante idea.
El lujo que me rodea
me parece que es prestado.
Estas galas son mi cruz,
tanta fiesta no me agrada
y aun esta casa me enfada
porque está llena de luz.
¿Qué es esto que tengo, dí?
Es que pienso eternamente
en el pobre ser ausente
que está tan lejos de mí,
que trabaja y no reposa,
mientras nosotros nos damos

la gran vida y le nombramos
con indiferencia, Rosa.
Que á pesar de la distancia
piensa en todos de tal modo
que vive falto de todo
para darnos abundancia.
Me exaltan estos pesares
y mi mente se alborota,
y sueño con ser gaviota
para ir cruzando los mares
hasta él, y pedirle abrigo
en su pecho, y allí en calma
decirle: ¡padre del alma!
¡yo vengo á llorar contigo!

ROSA. Antes de tu confesión
yo tu pena comprendía.
Mercedes del alma mía
¡qué hermoso es tu corazón!
Desde niñas nos quisimos
y nos adoramos hoy.
Tú estás triste y yo lo estoy.
¡Con mala estrella nacimos!
Al verle lejos de tí,
tú piensas en un ausente
y yo pienso en un presente
que está muy lejos de mí.
Me miré sola y sin padre,
me recogisteis un día,
tu fuiste una hermana mía
y tu madre fué mi madre,
un esposo enamorado
él juró ser para mí,
lo creísteis, lo creí,
¡nos hemos equivocado!
Tu padre ve los reflejos
de otro sol abrasador,
yo también tengo mi amor
muy lejos, pero muy lejos,
y como el tuyo es mi daño.
Las dos sufrimos tormento,
tú por un presentimiento
y yo por un desengaño.

MERC. No, Rosa, no, su desvío
las dos podremos vencer.
Tu esposo ha jurado ser
y lo será, yo lo fío.
¡Olvidarte! Tú estás loca.
No te quiero ver llorar.
Tu llanto voy á secar
ahora mismo con mi boca.
Si nos hallan á las dos
tan mústias. No puede ser.
Hoy es día de placer
en esta casa. ¡Por Dios!
Turbar la dulce alegría
de esta fiesta no debemos.
¡Esta noche lloraremos
á solas, hermana mia!

ESCENA VII.

DICHOS y CÁRLOS.

CARLOS. (Por la derecha.)
(¿Ya escribí... la leerá?... No.)
MERC. Llegas á muy buena hora,
vamos, repitele ahora
lo que me decías.
ROSA. ¡Yo!
CARLOS. ¿De quién hablabas?
MERC. De tí.
Decía: tengo un deseo
atróz de dar un paseo
por el jardín con él.
CARLOS. Sí.
Pues vamos, si es tu capricho.
(Dándola el brazo.)
MERC. ¿Lo ves? No son cosas mías.
Y que tú no la querías
dijo también.
CARLOS. ¿Eso ha dicho?
MERC. Y que no será tu esposa.
CARLOS. Que así me trate deploro.
MERC. Más ¿tú la quieres?

CARLOS. ¡La adoro!
ROSA. ¿Es de veras?
CARLOS. (¡Pobre Rosa!)
(Salen al jardín.)

ESCENA VIII.

MERCEDES.

MERC. ¡No la quiere! Desconfía
con razón. Justa es su pena.
Pero ¡por qué si es más buena
que un ángel la prima mía!
¡Qué confiada vino á mí
y sus penas me confió,
y yo á mi vez... Todas no,
la mayor la guardo aquí!
Ese hombre... Explicar no puedo
lo que siento si me mira.
Si es que cariño me inspira
¿por qué al verle tengo miedo?
Me alejo y angustia cruel
siento al sufrir su mirada?
Pero si verle me enfada,
¿por qué siempre pienso en él?
Cuanto dice es tan extraño.
Su mirada me fascina.
¡Es un rayo que ilumina
sus ojos y que hace daño!
Él siempre hablándome está
de amor, ¡será esto que siento!
Si esto es amor ¡qué tormento!
Si no es amor ¿qué será?

ESCENA IX.

MERCEDES, PABLO por la derecha.

PABLO. (Desde el fondo.)
(¡Ella! ¡Cómo me interesa!
¡Sólo al verla desvarío!)

Mercedes. (Acercándose.)
MERC. (¡Es él! ¡Dios mío!)
PABLO. Siempre la misma sorpresa.
MERC. Que viniera no creí,
y como aquí sola estoy.
PABLO. ¡Qué desventurado soy!
¡Siempre me recibe así!
Siempre con los ojos llenos
de turbación, descontenta!
MERC. Porque siempre se presenta
cuando yo lo espero menos.
PABLO. ¿Eso la causa disgusto?
MERC. De sorprenderse hay motivo.
Á todo el mundo recibo
con mi madre, como es justo,
y usted se presenta aquí
de repente y á traición,
siempre buscando ocasión
de encontrarme sola.
PABLO. Sí.
Eso no lo niego yo.
Á solas la quiero hablar,
porque á solas puedo hablar
de lo que en público no;
de mi afán, de mi agonía,
de su faz encantadora,
del amor que me devora,
Mercedes del alma mía.
MERC. Pablo... Escucharle no puedo.
PABLO. No se alarme de ese modo.
Yo quiero inspirarla todo,
Mercedes, pero no miedo.
¡Á la mujer más querida
del alma darla temor!
¡Esa fuera la mayor
amargura de mi vida!
No me cierre sin piedad
el camino á la esperanza.
Tenga usted en mí confianza,
en mí, que soy la lealtad.
Si hablo de mi amor la espanto,
pues de mí ya no hablaré.

Hablemos sólo de usté,
que á mí me interesa tanto!
Cuya dicha que persigo
aun á mi vida prefiero.

MERC. (¡Dios mío! ¿Será sincero
este hombre? ¿Será un amigo?)

PABLO. Desde hace tiempo veo yo
flotar sobre su cabeza
sombras de negra tristeza.
¿Me engaño, Mercedes?

MERC. No.
Y pues habla de lealtad,
de cariño y buena fé,
yo voy á decirle á usté
con franqueza la verdad.
Si dudas pude tener,
ya desde hoy dudas no abrigo.
Usted dice que es mi amigo.

PABLO. Lo soy.

MERC. Lo quiero creer.
Crueles son los sinsabores
si otro sér no los comparte.
Alivia tanto dar parte
á alguno de estos dolores.
Hasta hace muy poco fuí
casi una niña, vivía
sin ver... Gozaba y reía...
pero de repente ví.
Y de la luz los reflejos
han trasformado mi sér.
Hoy soy, Pablo, una mujer
que piensa y que ve muy lejos.
En ver tan claro consiste
mi padecer, mi sufrir,
porque veo un porvenir
muy triste, pero muy triste.
Lujosa mi casa está,
vivimos como alta clase,
esto que no tiene base
mañana se acabará.
Miro días de aflicciones,
miro noches de agonía,

miro esta casa vacía
y solos esos salones,
y presiento y adivino
la miseria en lontananza
y no veo una esperanza
ni aun al final del camino.

PABLO. No, Mercedes, eso no,
todo no se acabará,
pues para usted siempre habrá
una esperanza.

MERC. ¿Cuál?

PABLO. ¡Yo!

MERC. ¡Usted! (¡No sé qué me pasa!)
Pablo...

PABLO. Sí, mil veces, sí.
¡Yo Mercedes! (¡Viene á mí!
¡Soy el amo de esta casa!)

ESCENA X.

DICHOS, SERAFINA, LEONOR, PURA, ELENA, D. RAMÓN izquierda, ROSA y CÁRLOS después.

SERAF. Pasemos al comedor.
Ya nos espera la mesa,
Pablo.

PABLO. Señora.

SERAF. Hija mía,
aquí te presento á Elena
y á Pura.

LEONOR. Mis hijas. (Presentándolas.)

MERC. (Saludando.) Tengo
un placer.

ELENA. La dicha es nuestra.

PURA. Nuestra, sí.

MERC. Tenía tantos
deseos de conocerlas.

RAMON. (Son bonitas, muy bonitas.)

MERC. Al fin cumplió su promesa.

LEONOR. Es muy mono este hotelito.

SERAF. Una casita pequeña.

LEONOR. Estoy tan desengañada

de estos hoteles. Tan cerca
unos de otros. ¡Uf! ¿Quién puede
vivir con independencia?
Unos jardines raquíticos,
un césped y unas macetas...
Es querer y no poder.
Francamente, me sublevan
estas casas de cartón
y estos jardines de á tercia.
(Á Mercedes.) Es bonito ese vestido,
bien hecho y muy bien le llevas.
Si no es posible vivir
en Madrid. No, fuera, fuera,
en el campo, donde haya
aire saludable y buenas
vistas, y algún horizonte,
y agua y árboles de veras.

RAMON. (¡Esta bendita señora
en la vida está contenta!)
(Entran por el fondo Cárlos y Rosa.)

LEONOR. Cárlos.

CARLOS. Señora...

LEONOR. Mis hijas.

SERAF. Se va haciendo tarde. ¡Ea!
Nos sentaremos. Aún faltan
algunos, pero que hubieran
venido á tiempo.

RAMON. Bien dicho.
¡Á almorzar! (¡Qué bien se almuerza
en esta bendita casa!
¡Qué porvenir se presenta!)

SERAF. Usted, amiga Leonor,
ocupa la presidencia.

LEONOR. ¡Oh! nada de eso, ese es
un derecho de la dueña
de la casa.

SERAF. Yo, señora...
¡Por Dios!

LEONOR. Entonces se sienta
Mercedes á presidir.

MERC. De ningún modo.

ELENA. Por fuerza.

LEONOR. Pues Cárlos.
CARLOS. Yo soy el último.
Yo de ninguna manera.
RAMON. (¡Vaya, á que no nos sentamos!)
LEONOR. Don Ramón.
RAMON. ¡Yo! Bueno fuera.
¡Usted!
TODOS. ¡Sí, Leonor, Leonor!
LEONOR. Puesto que ustedes se empeñan,
(Se sientan.)
Rosa y Mercedes aquí.
MERC. Vamos, y tú, Cárlos, cerca
de Rosa.
PABLO. Yo en este lado.
RAMON. (¡Pues es claro! al lado de ella.)
SERAF. Ahora las niñas y yo.
CARLOS. Y al pobre Ramón le dejan
para el último.
RAMON. No importa.
Yo en cualquier sitio, en cualquiera.
Teniendo un plato delante...
Ya está la cuestión resuelta.
(Se sientan todos en la forma siguiente de derecha á izquierda: Serafina, Elena, Pablo, Mercedes, Leonor, Rosa, Cárlos, Pura y Ramón.)
SERAF. (Á Pepe.) Que sirvan.
RAMON. ¡Santa palabra!
(¡Y este cuello que me aprieta!) (Sale Pepe.)

ESCENA XI.

DICHOS, JUANA y después LEÓN.

RAMON. (¡Guapa chica!)
(Ofreciendo á Pura una aceituna.)
PURA. Muchas gracias.
JUANA. (Por la derecha.) Señorita: esta tarjeta.
SERAF. Vaya, de algún convidado
que se excusa. Venga, venga.
(Tomando la tarjeta.)
MERC. ¿Quién es él?
SERAF. León Mendoza.

No recuerdo... Qué cabeza
la mía. Yo no recuerdo
ningún amigo, y me suena
este nombre.

MERC. Sí, mamá.
Si es el que viene de América.

CARLOS. El amigo de mi padre.

ROSA. Sí, Mendoza.

SERAF. ¡Qué sorpresa!
Dí que pase al gabinete,
que voy.

RAMON. (¡Adios! ¡No se almuerza!)

MERC. No, mamá, dile que pase.
Mi papá le considera
como un hijo.

SERAF. Dices bien.
Que pase aquí. (*Sale Juana.*)
Traerá nuevas.

CARLOS. Y regalos.

RAMON. (¡Y dinero,
que es lo que más interesa!)

LEON. (*Entrando por el fondo.*)
Señoras... (*Se levantan todos.*)

SERAF. Pase adelante,
con confianza, porque es esta
su casa. Soy Serafina.

LEON. Tengo á dicha el conocerla.

CARLOS. Yo, Cárlos.

MERC. Y yo, Mercedes.

LEON. ¡Esas manos! (*Muy turbado.*)
(*Todos le rodean: Serafina, Cárlos y Mercedes le estrechan las manos.*)

CARLOS. (¿Por qué tiembla
esté hombre?)

SERAF. Llega usté á punto,
llega en un día de fiesta.

MERC. El santo de mi mamá.

CARLOS. El santo que se celebra
cual ninguno en esta casa.

RAMON. Es el día en que se echa
la casa por la ventana.

LEON. (Pues llego bien. ¿Quién pudiera

marcharse!)

SERAF. ¿Cómo está Pepe?

ROSA. ¿Y mi tío?

RAMON. ¿Se conserva
tan fuerte?

LEON. (Confuso.) Pues no está mal.

SERAF. ¿Piensa dar pronto la vuelta?

MERC. ¿No se acuerda de su hija?

LEON. Ya lo creo.

CARLOS. ¿Y del tronera
de Cárlos?

LEON. Sí, sí, de todos.
Para todos con voz llena
de lágrimas me dió abrazos
y recuerdos.

CARLOS. ¿No se sienta?

SERAF. Almuerce usted con nosotros.

LEON. Francamente... No quisiera
molestar... Volveré luego.

MERC. Usted no se vá... ¡Qué idea!

CARLOS. No se marcha en todo el día.

SERAF. Pues si tenemos materia
para hablar cinco ó seis horas.

RAMON. Sí, sí, á la mesa.

TODOS. ¡Á la mesa!

LEON. (¡En qué momento he llegado!)
Pero si yo...

SERAF. ¿Nos desprecia?

LEON. Me sentaré, más comer
no podria, aunque quisiera.

SERAF. Pues nos acompaña usted.

LEONOR. Que ocupe la presidencia.

LEON. ¡Oh! no señora. Ese es
un derecho de la dueña
de la casa.

SERAF. Yo no debo;
yo de ninguna manera.

LEON. Es lo justo.

RAMON. (¡Esto dá más
que hacer que la Presidencia
del Congreso!)

SERAF. Como estábamos.

LEONOR. Bien.
SERAF. Y Mendoza se sienta
á mi lado.
LEON. Sí señora.
SERAF. Que sirvan pronto. (Á Juana.)
RAMON. (¡Así sea!)
(Se sientan todos, Leon junto á Serafina.)

ESCENA XII.

DICHOS, PEPE y JUANA.

Dos Criados de frac, sirven la mesa.

LEONOR. ¡Ay, Serafina! Estas chicas
cómo están. Me desesperan.
De nada comen. Qué caras
de disgusto. Si no prueban
ni un bocado desde el día
que pasaron la frontera.
PABLO. Habituadas en París
á otra vida.
(Un Criado entra y empieza á servir por Ramón.)
LEONOR. Se me quedan
en los huesos. Si parecen
las dos dos almas en pena.
RAMON. Pues esto las gustará,
que es tortilla á la francesa.
¿No toma usted?
PURA. Un poquito.
RAMON. (¡Ay, qué mohín! ¡Qué hechicera!
¡Me la comía!) (Pepe por la derecha.)
PEPE. (Bajo.) Don Cárlos.
CARLOS. ¿Qué sucede?
PEPE. Está á la puerta.
CARLOS. ¿Quién es?
PEPE. Como usted no baje,
me ha dicho que sube ella.
CARLOS. Pero ¿quién?
PEPE. ¡La señorita
María!
CARLOS. (¡María!) Espera...
oye... (Poniéndose en pie.)
SERAF. ¿Qué te pasa?

CARLOS. Nada,
un amigo que desea
verme.

MERC. ¡Estás pálido!

CARLOS. No.
Don Ramón. Con la licencia
de ustedes. Sálveme usted. (Bajo.)

RAMON. ¿Qué te ocurre? (Id.)

CARLOS. Que esa fiera
está abajo, y va á subir
si no halla quien la detenga.
¡María!

RAMON. ¡Jesús, María! (Levantándose.)

CARLOS. Deje usted la servilleta
y baje usted.

RAMON. ¡Pero hombre!

CARLOS. ¡Baje usted!

RAMON. (¡Maldita sea
su estampa!) Con el permiso
de ustedes... Estoy de vuelta
en seguida. Es un momento.
(¡Yo la pego de esta hecha!)
(Sale por la derecha.)

ESCENA XIII.

DICHOS menos RAMÓN.

SERAF. Pero ¿dónde va Ramón?

CARLOS. Tiene que salir por fuerza;
pero volverá en seguida.
Un recado... una respuesta.

MERC. ¿Qué tal el viaje?

LEON. Mal viaje.
Nos sorprendió una tormenta
en el camino, y vinimos
sin máquina y á la vela.
Una ola inmensa apagó
los fuegos de la caldera,
y se llevó cuatro hombres
y un niño de la cubierta.

Esa fué mi vida siempre,
una tempestad deshecha,
lo mismo cruzando el mar
que cuando piso la tierra.
(Ramón por la derecha.)

RAMON. ¡Cárlos! (Bajo.)
CARLOS. ¿Qué te ha dicho?
RAMON. Está
furiosa.
CARLOS. ¡Ay, Dios!
RAMON. ¡Una hiena
es un cordero á su lado,
y un león es una fiera
en mantillas!
CARLOS. Mas, ¿qué dice?
RAMON. Dice que aquí no se almuerza,
que tú estás comiendo al lado
de tu futura.
CARLOS. Y lo acierta.
RAMON. Que va á subir, y te saca
los ojos.
CARLOS. ¡Quién la sujeta!
RAMON. ¡Y que á la niña sin pelo
la va á dejar, y que espera
cinco minutos!
CARLOS. Voy... voy...
SERAF. Pero, hombre, dejas la mesa.
¿Qué te sucede?
CARLOS. No es nada.
Hasta ahora. Con la licencia
de ustedes.
RAMON. Tú ya no vuelves.
CARLOS. Sí, volver, eso quisiera.
(Sale Cárlos. Ramón se sienta.)

ESCENA XIV.

DICHOS menos CARLOS.

RAMON. (¡Qué demonio de mujeres!
¡Vamos á ver si me dejan

comer en paz la tortilla!
Y está bonita de veras.
Con los ojos encendidos,
y los labios que la tiemblan
de coraje. ¡Está muy guapa!
¡Y muy sabrosa!... ¡y muy tierna!
Ahora hablo de la tortilla.)

LEONOR. ¿Pero no comes, Elena?

JUANA. (Por la derecha.)
Señora... (Bajo á Serafina.)

SERAF. ¿Qué quieres, Juana? (Se levanta.)

JUANA. Dispense usted; pero ahí fuera
está el administrador
y el tapicero, y se empeñan
en verla.

SERAF. (Me lo esperaba.
Cuando una menos quisiera...)

MERC. ¿Qué te sucede, mamá?

SERAF. Nada; visitas que llegan
á unas horas... Don Ramón.

RAMON. Señora.

SERAF. Escuche usted.

RAMON. (Vuelta.) (Se levanta.)

SERAF. (Bajo á Ramón.)
Han venido esos señores
á recordarme las deudas
de la casa y de los muebles.
Dígales usted que tengan
paciencia, que he recibido
hoy mismo fondos de América
que me remite mi esposo
con un amigo, y que vuelvan
mañana.

RAMON. Voy en seguida.

SERAF. Que no pasen.

RAMON. No, no entran.
(¡Buen almuerzo me dan! ¡Bien
pago la levita nueva!) (Sale por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, menos RAMÓN.

LEONOR. ¿Y ha vivido mucho tiempo
en tan apartadas tierras?
LEON. Muchos años. Me marché
no sé cuando. Es una fecha
remota que ya olvidé.
SERAF. Y cuando ha vuelto á la vieja
Europa no ha contemplado
con asombro sus grandezas,
sus notables adelantos,
los progresos que revelan
estos palacios soberbios,
estas magníficas fiestas,
y el lujo y el explendor
que sus ciudades encierra.
LEÓN. Sí, me sorprendió este lujo.
Desembarqué en Inglaterra,
y á Madrid llegué cansado
dando por París la vuelta.
Este lujo yo no sé
si es progreso ó decadencia.
Quizás afeminación,
tal vez molicie ó flaqueza,
porque las razas viriles
no consumen mucha seda.
El lujo será progreso,
pero es camino que lleva
á la corrupción y al vicio,
saltando por la vergüenza.
No me ha gustado este lujo.
Cosas ví que no se acierta
á explicar la mente mía,
que siempre con calma piensa.
Ví mujeres de empleados
modestos en carretela
con encajes y con plumas
y con diamantes y perlas,
y echándome á discurrir

toda una semana entera,
en lo que ganaban ellos
y en lo que gastaban ellas,
por muchas cuentas que eché
no me ha salido la cuenta.
Como el preso que ha vivido
mucho tiempo en las tinieblas,
y que al salir de la cárcel
cuando en la calle se encuentra
no puede sufrir los rayos
del sol, y los ojos cierra;
así me ha herido este lujo,
así este brillo me ciega,
porque vengo de una mina,
de vivir bajo de tierra,
en donde miles de séres
sufren, trabajan y velan
con infinita constancia
y con sublime paciencia;
donde se marcha encorvado,
donde se camina á tientas,
con agua hasta las rodillas
y agua sobre la cabeza.

MERC. (¡Ah! ¡Dios mío! (Levantándose.)
SERAF. ¿Qué te pasa?
PABLO. ¿Qué tiene usted?
SERAF. ¿Por qué dejas
de comer?
ROSA. ¿Se ha puesto mala?
LEON ¡Pobre niña!
LEONOR. ¡Si hace en esta
habitación tal calor!
PURA. ¿Quiere usté agua?
ELENA. ¿Alguna esencia?
PABLO. Bajaremos al jardín.
(Se levantan todos y la rodean.)
MERC. No, no, porque se molestan,
yo sola.
LEONOR. La acompañamos
todos.
MERC. Mas, por qué se empeñan
en dejar la mesa?

PABLO. El brazo.
LEONOR. Déjese querer, tontuela.
SERAF. Un mareo.
LEON. El calor.
ELENA. Nada.
PURA. Una molestia ligera.
(Bajan todos al jardín.)

ESCENA XVI.

RAMÓN por la derecha.

Ya los dejé más tranquilos,
Ahora á comer... ¡Buena es esta!
Se han evaporado todos ¿
ó se los comió la tierra.
Esta es comedia de mágia.
¡Qué dia de peripecias
y de emociones! ¿Qué habrá
pasado? ¿Dónde se encuentran?
Pero, ¿qué me importa á mí?
Aquí yo y allá la mesa.
Pues á comer... así cómo
más ancho y sin etiquetas.
¡Á comer! Lo que es ahora
ocupo la presidencia! (Se sienta.)

ESCENA XVII.

RAMÓN, LEÓN viene del jardín.

LEON. Buena situación la mía.
No sé en verdad donde ir,
ni qué hacer, ni á quién decir
lo que á decirles venía.
Por hoy tendré que callar,
hoy es aquí fiesta, hoy no.
¡Me marcharé, porque yo
no puedo disimular!
¡Cómo estar alegremente
entre ellos! No puede ser.
Mas si llegan á saber
la noticia de repente.

Á cada instante que pasa
mi inquietud aumenta y crece.
Este señor me parece
muy amigo de la casa.
Parece un hombre severo,
formal... Me podrá ayudar.
Á él le podré revelar
lo que ocurre. Caballero...

RAMON. ¿Es á mí?

LEON. ¿Quiere usté oir dos
palabras?

RAMON. ¿Pero ahora?

LEON. Sí.
¿Quiere usted venir aquí?

RAMON. Allá voy. (¡Está de Dios!)

LEON. Muchas gracias.

RAMON. Ya le escucho.

LEON. Usted es á lo que veo,
muy amigo.

RAMON. Ya lo creo.

LEON. ¿Hace mucho tiempo?

RAMON. Mucho.

LEON. Estoy en un compromiso
y usted me puede ayudar.
Aquí es necesario hablar,
que lo sepan, es preciso.
Puede la nueva venir
y de este modo es mejor.

RAMON. Más ¿qué ocurre?

LEON. Lo peor
que usted puede concebir.
¡Traerle conmigo pensé,
pero allí se me quedó!

RAMON. ¿Ha muerto Pepe?

LEON. Murió.

RAMON. ¡Jesús, María y José!
¡Qué dice usted! ¡Muerto estoy!
¡Pepe!

LEON. ¡Silencio! ¡Mercedes!
(Mercedes entra del jardín.)

RAMON. (Anda, y dilo tú si puedes,
porque lo que es yo me voy.) (Ramón sale.)

ESCENA XVIII.

LEÓN y MERCEDES.

MERC. Venía á buscarle á usté.
Como ha desaparecido.
LEON. ¿Está usted mejor?
MERC. No ha sido
nada; más ¿por qué se fué?
El café en el cenador
han decidido tomar.
Si nos quiere acompañar...
LEON. Acepto tan gran honor.
MERC. De su brazo bajaré.
LEON. ¡Oh! sí, si usted quiere honrarme...
¿Con eso quiere indicarme
que me perdona usté?
MERC. ¿El qué?
LEON. Mi falta de discreción.
Me explico cuanto ha pasado.
Mis palabras han causado
su dolor y su aflicción.
Allá, á la manera mía,
y con mi estilo vulgar
y rudo, quise pintar
aquella vida sombría.
Le hice ver al que ama tanto
solo en tan triste paraje,
y con mi brutal lenguaje
llené sus ojos de llanto.
De mi manera de ser
reniego... Torpe la herí.
Perdóneme. Soy así.
No me puedo contener.
Del corazón en el centro
salvaje franqueza abrigo.
y lo que siento lo digo,
no me queda nada dentro.
Yo, ni engañar, ni fingir,
ni dudas, ni variación.

¡Si á alguien doy el corazón,
no se lo vuelvo á pedir!

MERC. Se engaña usted, caballero,
usted no ha sido cruel
conmigo. Me hablaba de él.
Es eso cuanto yo quiero.
Usted no me importunó.
Para hablar de él vengo aquí.
¿No es usted su amigo?

LEON. Sí.
¿Su amigo dice usted? No.
Más que amigo, mucho más.
Llegué allá, le ví, le hablé,
y del día en que llegué
no me abandonó jamás.
No es ninguna maravilla.
Mi historia le conté yo
y quizás le impresionó.
Una historia bien sencilla:
un hombre que pobre está
y que en no serlo se afana,
que tiene una madre anciana
y dice: ¡Vamos allá!
Seguiré de otros la huella,
me llama América á sí.
Todo lo que gane allí
lo mandaré para ella.
Puse á este empleo los puntos
y aquí estoy al fin y al cabo,
le hablé así, y él dijo: ¡bravo!
Á trabajar los dos juntos.
Yo empleado, él ingeniero
en la mina, y á destajo
trabajando, y siempre abajo
dándole ejemplo al obrero.
De no querer descansar
haciendo los dos alarde.
Sólo al caer de la tarde
solíamos pasear,
siguiendo algún riachuelo
ó trepando como cabra,
los dos sin decir palabra

y con la vista en el suelo.
Los dos pensando y andando.
Yo el paseo interrumpía
de repente y le decía,
pero ¿en qué va usted pensando?
¿Y usted? Con mirada fija
replicaba, sonreíamos
y aun mismo tiempo decíamos:
—¡Yo, en mi madre!—¡Yo, en mi hija!—
Y se seguía el paseo.

MERC. ¡En mí! ¿De mí se acordaba?

LEON. Vaya, pues si no se hablaba
de otra cosa, ya lo creo.
—Mi Mercedes es morena,
mi Mercedes es preciosa,
mi Mercedes es juiciosa.
y mi Mercedes es buena
y tiene mucho talento
y lo reune todo, vamos.—
En cuanto juntos volvamos
verá usted cómo no miento.

MERC. Pero ¿por qué no ha venido
con usted?

LEON. Porque allí está
ganando mucho y querrá
aun más y se ha resistido.
Hace muy mal, porque allí
el pobre va á consumirse
y un día...

MERC. Y al despedirse,
¿qué le dijo para mí?

LEON. Pues me dijo... me decía
mil cosas... ¡Es tan padrazo!
¡Llévela el último abrazo
de su padre á la hija mía!

MERC. ¡Cómo el último! ¿Por qué?

LEON. (Dominándose) Porque muchos recibí,
los primeros para mí
y el último para usté.
Tantos, que perdi la cuenta
y mi encargo he de cumplir.
Lo puede usted recibir.

Muy pronto tendré cuarenta,
y aunque sin canas estoy,
bien pudiera ser su padre.
Vaya usted, llame á su madre,
delante de ella le doy.
No tema usted que la riña.

MERC. Lo acepto.

LEON. ¡Pues venga á mí!

MERC. ¿Me abraza mi padre?

LEON. (Abrazándola conmovido.) Sí.
(¡Desde el cielo! ¡Pobre niña!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitación amueblada con lujo. Puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA y PEPE.

PEPE. Pero, señora, es que yo...
SERAF. Le digo á usted que se calle
y que sea más prudente.
PEPE. Ya fuí prudente bastante
tiempo, y ya me he cansado.
SERAF. Está bien... luego... á la tarde.
Pase usted al gabinete.
(¡Oh, qué vergüenza tan grande!)
(Sale por la izquierda.)

ESCENA II.

PEPE.

Ya que por desdicha sirvo
no quiero servir de balde,
y no es pedir gollerías
el pedir que se me pague.

ESCENA III.

PEPE, D. RAMÓN por el fondo.

RAMON. ¿Qué hay, Pepe? ¿Qué te sucede?
¿Por qué estás aquí paseándote
como un león enjaulado,
con tan fieros ademanes?
PEPE. Sucede que no me pagan,
y que me voy á la calle,
porque sé que no hay con qué
y que al fin no han de pagarme.
Desde que el amo murió,
ya doce meses cabales,
como dinero no viene
debe esta gente hasta el aire.
En fin; yo soy caballero
y les perdono esos reales,
porque en los tiempos dichosos,
que aquí vivimos en grande,
no lo he pasado muy mal,
y si se vé bien, no es fácil
saber quién le debe á quién,
comparando cantidades.
Esta casa da el gran trueno,
don Ramón, esto se cae.
Aquí el que gana es don Pablo,
que sabe lo que se hace.
RAMON. ¿Pero es verdad lo que tú
me has dicho?
PEPE. ¿Por qué engañarle?
La señora vive en Lóndres,
una mujer de admirable
belleza.
RAMON. ¿Sí?
PEPE. Separada
de éste, porque es un pillastre
éste. Le guardé el secreto
hasta hoy, pero dió en portarse
mal conmigo, y ya no callo.
Y si al fin he de marcharme,

¡ahí queda eso! Conque abur,
don Ramón.

RAMON. ¡Adios, tunante!

(Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

D. RAMÓN y LEÓN por el fondo.

LEON. Muy buenos días.

RAMON. Muy buenos.

LEON. Me alegro mucho encontrarle.

RAMON. Usted dirá.

LEON. Usted es hombre
sério, formal, de un carácter
franco, como yo lo soy,
leal, como á mí me place,
tiene usted canas, no puede
mentir, ni engañar á nadie.

RAMON. Así soy; pero ¿qué ocurre?

LEON. Eso vengo á preguntarle.
¿Qué sucede en esta casa?
¿Por qué todos con tal aire
de inquietud y de tristeza?
¿Por qué en todos los semblantes
se vé la preocupación
y la angustia? No me engañe,
don Ramón.

RAMON. Pues la verdad.

LEON. Sí, con todos sus detalles.

RAMON. No es preciso detallar.
¿Qué pasa aquí? Sin ambajes
ni rodeos. Que aquí no hay
dinero ni quien lo mande,
y que la pobreza llama
á la puerta de la calle.

LEON. ¿La pobreza? No es posible.
Aquel modelo de padres
les envió cuanto pidieron.
Yo he girado cantidades
de importancia.

RAMON. Á esta señora
no hay dinero que la baste.
LEON. Y así ha derrochado el fruto
de tantos días de afanes.
¡Y se lo han comido todo!
RAMON. Se lo han comido; es la frase.
(Yo debía aquí decir,
precisando mi lenguaje:
nos lo hemos comido; pero
me va á pegar este cafre
si se lo digo.)
LEON. Bien hecho,
muy prudente y muy laudable.
¡Vaya usté á exponer su vida,
el mar proceloso salve,
¡desafíe los rigores
de los climas tropicales,
trabaje como una fiera
sin dolerse ni cansarse,
envejezca usted deprisa
y llénese usted de achaques,
y haga usted una fortuna
para que así la malgasten
y la tiren sin ponerse
á pensar un sólo instante,
que aquél oro representa
nuestro sudor, nuestra sangre!
Ya no hay cariño en el mundo.
Fuí un amigo del padre,
mas no puedo ser amigo
de familia semejante.
Ahora me marcho y los dejo,
y que se mueran de hambre.
No hay aquí uno bueno.
RAMON. Hay uno.
Merceditas, que es un ángel.
LEON. Ella sola.
RAMON. Pues ya hay uno.
LEON. Esa es una.
RAMON. (Está guillatis.)
Esa es juiciosa.
LEON. Y formal.

RAMON. Y encantadora.
LEON. Y amable.
RAMON. (Y á tí te gusta. El amor
no puede disimularse.)
Mil veces entre el bullicio
de las fiestas y los bailes
la ví preocupada, triste,
y del salón escaparse
á llorar en un rincón.
LEON. ¡Porque pensaba en su padre!
RAMON. ¡Pobre niña!
LEON. ¡Desgraciada!
RAMON. Su suerte no es envidiable.
Está en situación difícil.
LEON. Difícil, pero no grave.
RAMON. Hay en esta casa un Judas.
LEON. ¡Un Judas!
RAMON. Que aprovecharse
quiere de la situación
y oculta traidores planes.
LEON. ¡Pablo!
RAMON. El mismo.
LEON. Le miré
sólo una vez al semblante,
y dije: tú no eres bueno,
y no suelo equivocarme.
RAMON. Es un hombre millonario.
Concibió pasión infame
por Mercedes...
LEON. Pues si es rico
y libre puede casarse.
RAMON. Es casado.
LEON. ¡Qué es casado!
¡Y lo oculta el miserable!
Lo que es eso no será.
Fuí un amigo del padre,
y yo quiero á esta familia
con un afecto entrañable.
RAMON. Pero, ¿en qué quedamos, hombre?
No me decía poco hace
que usted los aborrecía.
LEON. Quedamos, señor cargante,

en que ese hombre ha de pasar
por cima de mi cadáver
para llegar hasta ella.

RAMON. Pero si él supo ganarse
su cariño, si la niña
le adora, ¡si esas son frases
nada más!

LEON. ¡Ella le quiere!
¡Entonces siga adelante
su camino! Á qué meterme
en cosas que no me atañen.
Le quiere, pues que le quiera,
la engaña, pues que la engañe,
quiso lujo, que lo tenga,
vivir bien, que viva en grande,
ha principiado un camino
de perdición, que lo acabe.
Yo nadie soy, nada puedo.
Tenga usted muy buenas tardes.
(Sale por el fondo.)

RAMON. ¡Vaya con Dios! ¡La que aquí
se va armar! Es un salvaje,
pero tiene un corazón
muy hermoso. Es un diamante
en bruto. Ya iremos todos
puliendo y abrillantándole.

ESCENA V.

RAMÓN y CÁRLOS derecha.

CARLOS. (Estoy perdido, arruinado.
No hay salida, no hay escape.)

RAMON. ¿Qué te pasa, Cárlos?

CARLOS. Nada,
don Ramón, ¡qué ha de pasarme!

RAMON. Ya, lo de costumbre, estás
desesperado, jugaste
y perdiste y estás loco.

CARLOS. Pero loco de remate.

RAMON. Y quieres que vaya á verla
y la explique tus afanes.

CARLOS. ¡Oh! Ya no, todo acabó,

y para siempre. ¿Usted sabe
qué es lo que quiere decir
para siempre?

RAMON. En tu lenguaje
quiere decir para siempre,
que irás á verla esta tarde.

CARLOS. ¡Verla yo! Si me ha dejado,
si me ha plantado la infame
por un imbécil que tiene
diez millones. ¿Usted sabe
lo que es tener diez millones
de pesetas?

RAMON. Ni de reales.

CARLOS. Y todo porque no pude
satisfacer al instante
un capricho tonto.

RAMON. Tonto?

CARLOS. ¡Un hotel!

RAMON. ¡Virgen del Cármen!
¡Hombre, capricho sí es,
pero tonto, no, qué diantre!

CARLOS. ¡Dejarme por ese viejo!
¡De tal manera plantarme!
¡Las cosas que hice por ella,
los sacrificios!

RAMON. No me hables
de sacrificios á mí,
de amor, de escentricidades
y locuras por mujeres,
porque yo las hice tales
que te dejo tamañito
con todos tus disparates.
Tú no conociste á Pura,
¡un ángel! Me amó aquel ángel
con un amor tan sincero,
desinteresado y grande
que al entrar todos los días
y al darla las buenas tardes,
me preguntaba sonriendo:
Ramón mío, ¿qué me traes?
Un día la encuentro triste.
¿Qué quieres? digo, postrándome

á sus pies, ella me tira
de las barbas, y con aire
modesto, dice: un sombrero.
Agarro el mío, á la calle
de un salto, vuelvo con uno
lleno todo de azabaches,
le presento, y dice: ¡no!
con un mohín adorable.
Salgo asustado y corriendo,
vuelvo con otro al escape,
le presento, y dice: ¡no!
Yo quiero uno semejante
ó igual al de la Rosario.
La Rosarito, otro ángel
como ella. Vuelvo á salir,
corro los escaparates,
hallo por fin uno igual,
le compro y vuelvo triunfante.
Un sombrero inverosímil:
plumas y lazos y encajes,
y allá en la cúspide un tiesto
de rosas y tulipanes,
y encima un pavo real
con una cola gigante.
Le presento y dice: ¡no!
son inútiles tus viajes;
yo quiero el que tiene ella,
el que llevó á Variedades.
¡Déjame! Tú no me quieres.
Y yo grito: ¡yo dejarte!
Salgo ya loco. Me encuentro
á la Rosario. Delante
me planto, cojo el sombrero
con las manos criminales,
tiro del pavo real,
ella principia á insultarme
y grita y llora y me araña,
llegan dos municipales
y me prenden, y por hurto
fuí dos meses á la cárcel!

Carlos. Usted á la cárcel. ¡Yo
á presidio!

RAMON. Cárlos, cállate.
CARLOS. ¡Callarme! Debo diez mil
duros. ¡Soy un miserable!
¡Estoy arruinado, loco!
¿Qué voy á hacer? ¡Pobre madre!
Bah, mientras haya un revólver
en casa, ¿por qué apurarme?
(Se sienta abatido.)

ESCENA VI.

DICHOS y ROSA por la izquierda.

RAMON. (Bajo.) Rosa, llega usted á tiempo.
Véale usted. Le riño en valde.
Aconséjele. Está loco
y dice que va á matarse.
ROSA. ¡Jesús!
RAMON. Los dejaré solos.
¡Pobre casa! ¡Qué contraste!
¡Qué bien se ha comido aquí!
¡Qué sábados y qué martes!
(Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

ROSA y CÁRLOS.

ROSA. (Acercándose.) Cárlos, Cárlos de mi vida.
Que estoy ante tí repara.
¿Qué tienes? ¿Por qué tu cara
en tus manos escondida?
¿Si una idea dolorosa
te persigue, sin recelos
¿por qué no buscas consuelos
y esperanzas en tu Rosa?
Me amaste en días mejores,
yo á ti desde que eras niño
¿no te basta mi cariño
para calmar tus dolores?
CARLOS. (Se levanta.) Cállate, por compasión.
¡Te lo pido por los cielos!
Rosa, en lugar de consuelos

me dás desesperación.
No tengo perdón ni excusa
y es merecida mi pena.
Tu voz, aunque dulce suena
es una voz que me acusa,
pues con tu sereno acento,
música de estos lugares,
añades á mis pesares
otro, el del remordimiento.
Tuve á mi lado inocencia,
generosidad, amor,
modestia, virtud, candor,
corazón, inteligencia,
y todo lo dí al olvido
¿por quién? Por lo más artero,
lo más vil, lo más grosero
y lo más envilecido!
Está mi vida acabada.
¿Qué soy Rosa? Nada soy,
¿Qué tengo? Nada. Hoy por hoy,
¿qué puedo ofrecerte? ¡Nada!
Á estudiar ya no me avengo,
se acabó nuestra fortuna.
¿Cuál mi posición? Ninguna.
¿Y el porvenir? No le tengo.
Aun tu acento encantador
darme consuelos quería,
pero en tu voz, Rosa mía,
hay más lástima que amor.
Y pues lástima provoco
tu perdón al ménos dame,
y olvida pronto á este infame,
á este necio ó á este loco!
(Sale por la derecha.)

ESCENA VIII.

ROSA, SERAFINA y MERCEDES.

ROSA. ¡Corazón! Trás él te vas,
porque así lo quiere Dios.
Todo acabó entre los dos.

No me ha querido jamás.
(Entra Serafina por la izquierda, primer término.)

SERAF. ¿Y mi hija? ¿En tu cuarto?

ROSA. Sí.
Cosiendo, tía querida.

SERAF. ¿Quieres llamarla?

ROSA. En seguida.
No es preciso: viene aquí.
(Mercedes por la izquierda segundo término.)

SERAF. Deseaba verte.

MERC. Aquí estoy.
¿Qué quieres? Puedes hablar.

SERAF. Rosa: nos quieres dejar
solas un momento.

ROSA. Voy.
(Sale por la izquierda segundo término.)

ESCENA IX.

SERAFINA y MERCEDES.

MERC. ¿Qué me das á comprender
con esa actitud sombría?

SERAF. Algo muy triste, hija mía,
pero que debes saber.
Contigo hasta hoy mi dolor
no quise participar;
mas, ya no puedo callar,
Mercedes, ¿tendrás valor?

MERC. Le tendré. Con frente alta
te escucho. Dí lo que fuere.
Cuando hay alguien que nos quiere,
el valor nunca nos falta.
En mí tu mirada fija
y habla. No me asusta nada,
ven, á una madre abrazada
es muy valiente una hija.
Los reveses sufriré
de la suerte siempre ingrata.

SERAF. Mercedes, de eso se trata.
De tu suerte.

MERC. Ya lo sé.

No es díficil comprenderlo.
El hablar es excusado.
Todo lo que has ocultado
lo he visto, madre, sin verlo.
Hace un año que murió
mi padre. Aun hemos vivido
con lujo. Le has sostenido
luchando sola; más yo
vi desparecer tus trajes,
te vi de noche velar,
vi de mi casa faltar
cuadros y joyas y encajes,
y comprendí de qué modo,
con qué esfuerzo hemos vivido.
Hoy ya todo se ha concluido.
¿verdad, madre mia?

SERAF. Todo.
Vivir era necesario,
y por vivir bien luchaba.
¿Qué hacer? Solo me quedaba
parte de mi mobiliario,
que es rico y lo hipotequé
á un miserable usurero.
Me dió muy poco dinero,
todo consumido fué
en brevisimo periodo,
el plazo ha cumplido ya,
él inflexible será,
y á las tres vendrá por todo.
Sólo nos queda, hija mía,
una tarde de esplendor,
después la calle... el horror
de la miseria... la fría
noche... el pan recogido
de limosna... y el profundo
desden del villano mundo
que no perdona al caído!

MERC. Con resignación respondo
al golpe que nos va á herir.
Yo le veia venir
y no me ha herido muy hondo.
¿Qué nos importa el desden

del mundo, qué su frialdad?
Sin su engañosa amistad
se puede vivir muy bien.
Tú no cometiste falta,
yo crímen no cometí,
podemos salir de aquí
todos con la frente alta.
No te abandona la suerte,
pues hijos te ha dado Dios,
No irás mal entre los dos,
una joven y otro fuerte.
Rosa vendrá, pues te adora,
y todos juntos saldremos.
Dónde iremos, ó que haremos
no puedo decirlo ahora.
Ya tendremos, si no holgura,
un rincón, luz y calór.
Donde hay familia, hay amor,
donde hay amor, hay ventura.
En fin; no me asusto yo
por nada de lo que dices.
Aun podemos ser felices
mucho tiempo.

SERAF. ¡Mucho, no!
Es un pensamiento loco
pensar en dicha futura.
Sólo espero una ventura
ya, la de vivir muy poco.
¡Al separarme de aquí,
de estas espléndidas salas
y al privarme de mis galas
me arrancan la vida á mí!
¡Verme en la calle! ¡Qué horror!
¡Pedir como pordiosero!
¡En esa calle me muero
de vergüenza y de dolor!
¡Y el fatal momento avanza!
(Un relej dá lás dos)
¡Las dos! ¿Una hora no más?

MERC. No, madre, no morirás.
Aun tienes una esperanza.
¡Aun quedo yo! ¿Qué no haría

por la que me ha dado el ser?
SERAF. Y tú ¿qué puedes hacer?
MERC. ¡Por tí todo, madre mía!
(Se abrazan llorando.)

ESCENA X.

DICHAS y PABLO por el fondo.

MERC. (¡Pablo!)
PABLO. ¿Qué tienen ustedes?
¿Mercedes á usté abrazada?
SERAF. Nada, amigo Pablo, nada.
PABLO. Ese llanto de Mercedes.
SERAF. De cosas pasadas hablo.
Y ella... fué una tontería.
PABLO. Pues que pasaba creía
algo grave.
MERC. Y pasa Pablo.
SERAF. ¡Mercedes!
MERC. Mentir no quiero.
Yo siempre la verdad digo,
¿Á qué ocultar á un amigo
como él, leal y sincero?
Si, Pablo, aquí hay un pesar
que en el alma no nos cabe.
Lloramos por algo grave
que yo le quiero confiar.
Hace ya tiempo que usté
aquí triste me encontró,
amable me interrogó
y franca le contesté.
En ver muy claro consiste,
dije entonces, mi sufrir.
Yo presiento un porvenir,
amigo Pablo, muy triste.
Vamos marchando sin tino,
pronto vendrá cruel mudanza,
y yo veo en lontananza
la miseria en mi camino.
Sucedió cual lo he pensado.

Sin pensar hemos vivido.
El camino está corrido
y ya, Pablo, hemos llegado.

PABLO. Es su memoria muy buena,
más de la mía hago alarde.
Recuerdo que aquella tarde
al contarme usted su pena,
mi labio la respondió:
No tema tanta mudanza.
¡Habrá siempre una esperanza
para usted, Mercedes, yo!
Deseche, pues, aprensiones
y concluya tanto afán.
Á sus piés de usted están
mi fortuna, mis millones.

SERAF. Su acción de usted es muy bella.
pero de un amigo no
puede aceptar...

PABLO. Es que yo
quiero ser más para ella,
más que un amigo, señora,
mucho más, si es que ella quiere,
porque á todo la prefiere.
el corazón que la adora.
Hace dos años ó tres
yo sigo su huella loco
pidiendo no más que un poco
de cariño ó de interés.
Con un poco me contento.
Al esperar desvarío.

MERC. ¡Sí, cariño, amigo mio
y eterno agradecimiento,
en mi alma todo se aduna!

PABLO. ¡Estoy loco de alegria!

SERAF. (¡Qué dicha! ¡Pobre hija mía!
¡Qué gran boda! ¡Qué fortuna!)

PABLO. Ya todo arreglado está.
Ya no hay porvenir incierto.
Si queda algún descubierto
mañana se pagará.
Á entrar en otro período
de esplendor y de riqueza,

y pídanme con franqueza
cuanto necesiten, todo.
Á ser felices como antes.
¡Á deslumbrar, á lucir!
Con oro la he de vestir,
la cubriré de brillantes,
la daré trenes y coches,
y las *toilletes* más lujosas,
y fiestas maravillosas
para divertir sus noches.
¡Eso y más!
(León entra por el fondo.)

LEON. (¡Ya estoy aquí!)

PABLO. Y desde hoy sólo pensemos
en que los dos nos queremos,
en que el cielo conseguí,
en que se acabó la pena
y la desesperación.

LEON. (Adelantándose.)
¡Bien! Llego en buena ocasión.
¿Hay boda? ¡Sea enhorabuena!

ESCENA XI.

DICHOS y LEÓN.

LEON. (Dándola la mano.)
Mercedes: yo que la quiero,
me alegro de corazón.
(Dándole la mano.)
Don Pablo: muy buena acción.
Es usted un caballero.
(Abrazando á Serafina.)
Venga un abrazo apretado,
señora, tengo un placer.
El padrino quiero ser.
¿Está aceptado?

LAS DOS. Aceptado.

LEON. Y usted, madrina. Tendré
por fortuna tal comadre.
Yo represento á su padre,

y como él me portaré.
¿Cuándo la boda? ¿Mañana?
Seré un padrino de pró.
Ese día tiró yo
la casa por la ventana.
Vaya, yo tiro ese día
hasta al novio, sí, señora.

PABLO. Es que no se trata ahora.
SERAF. No se trata todavía.
LEON. ¿Y Cárlos? No sabe nada.
Lo debía saber ya.
SERAF. Es verdad.
MERC. Vamos, mamá.
PABLO. Pero...
LEON. Su hermana adorada.
No tendrá mal alegrón.
MERC. Hasta luego.
SERAF. Vamos, sí.
PABLO. (Este hombre...)
LEON. Me quedo aquí,
dándole conversación.
(Salen por la derecha.)

ESCENA XII.

LEÓN y PABLO.

LEON. Ya se fueron. Un momento
á solas se nos dejó.
Yo me alegro mucho.
PABLO. (Friamente.) Yo
ni me alegro ni lo siento.
LEON. Aunque es visita frecuente
usted en estos salones,
tuve pocas ocasiones
de hablar á usted.
PABLO. Ciertamente.
LEON. Desde que le conocí
su trato no he pretendido,
porque usted nunca me ha sido
simpático.
PABLO. Ni usté á mí.

LEON. Bien hablado.
PABLO. Así soy yo.
LEON. Muy franco.
PABLO. Usted me ha enseñado.
LEON. Aun así, usted me ha aceptado
por su padrino.
PABLO. Yo no.
Propuso usted, yo callé.
LEON. Hizo usted bien en callarse,
Usted no puede casarse.
Ya se sabe todo.
PABLO. ¿Y qué?
LEON. Que engaña usted de mal modo
á esa niña. ¿Por qué impío,
ofrecerla?
PABLO. Señor mío.
Usted se lo dice todo.
Usted no puede saber,
puesto que usted no me ha oido,
ni lo que yo he pretendido
ni lo que llegué á ofrecer.
Si usted llegara un momento
antes, no juzgara así,
porque yo he hablado aquí
de amor, no de casamiento.
Yo devuelvo su grandeza
á esta casa que ya muere,
yo doy lo que aquí se quiere,
esplendor, lujo, riqueza.
Acudí, pues, en buen hora.
Á todos quiero salvar.
Pago sin regatear
las deudas de esta señora,
y las trampas de aquel niño,
y los lujos de esa hermosa,
y sólo pido una cosa
en cambio: amor y cariño.
LEON. ¡Y deshonra! ¡Y esa no,
esa no la aceptarán!
PABLO. Vaya, en mi poder están.
¿Quién podrá impedirlo?
LEON. ¡Yo!

PABLO. ¿Con qué derecho alza el grito?
Que no le tiene sospecho.
LEON. Con derecho ó sin derecho.
Si yo no le necesito.
Hallo un sér angelical
en mitad de mi camino,
y sobre él un asesino
levanta fiero puñal,
en su auxilio me llamó,
con derecho ó sin derecho
coloco en medio mi pecho
y recibo el golpe yo.
Porque yo he nacido así.
Y entre usted y esa mujer,
que siempre pura ha de ser,
me tendrá usted siempre á mí.
Y está la cuestión concluida,
y aquí con derecho vengo.
¡Con el derecho que tengo
de disponer de mi vida!
PABLO. Pero, en resúmen, señor...
LEON. En resúmen, caballero:
usté ofrece su dinero
á cambio de deshonor.
Pues yo de valde le dí.
Ya las deudas he pagado.
Su misión ha terminado...
¿Y está usted demás aquí!
PABLO. ¡Usted!
LEON. Á qué molestarnos.
Ya de que hablar no tenemos,
Conque...
PABLO. ¿Cuándo nos veremos?
LEON. ¿Para qué?
PABLO. Para matarnos.
Sitio y armas y hora.
LEON. Sí.
Pues sitio... bueno es cualquiera.
Pues armas... las que usted quiera.
La hora es igual para mí.
Mañana será un buen día,
un día pronto se pasa,

usted sale de su casa
y yo salgo de la mía,
y á la mía se encamina,
y yo procuro que me halle,
¡y en hallándole en la calle,
le estrello contra una esquina!

PABLO. Mas no es así como los
caballeros lo entendemos.

LEON. Pues entonces nos veremos
como á usted le agrade.

PABLO. Adios.

(Sale por el fondo.)

ESCENA XIII.

LEÓN.

Es cínico y es cobarde.
Amenazando se va
para irse bien. No vendrá,
Será inútil que le aguarde.

ESCENA XIV.

LEÓN y CÁRLOS.

CARLOS. ¿Y Pablo, no estaba aquí?

LEON. Estaba, pero se fué.
Se fué, porque yo le eché.

CARLOS. ¡Cómo! ¿Usted le ha echado?

LEON. Sí.

CARLOS. Es verdad ó lo he soñado.
¡Usted Pablo, usted le echó!
¿No va á ser mi hermano?

LEON. No.
Pablo es un hombre casado..

CARLOS. ¡Un hombre casado! ¿Pero
cómo entonces se ha atrevido
á ofrecer?

LEON. Él no ha ofrecido
más que una cosa, dinero.

CARLOS. ¡Dinero á mi madre, á mí,

á ella! ¡Yo le alcanzaré!
LEON. ¡Eh, niño! ¿Dónde va usté?
CARLOS. ¡Don León!
LEON. Venga usté aquí.
Yo he hablado por los dos,
por mí castigado va,
y pues se ha marchado ya,
vaya bendito de Dios.
¿Por qué se va usté á batir?
Á pensar en el mañana,
en su madre y en su hermana,
en usté, en su porvenir.
CARLOS. Nuestra situación me asusta.
Es la situación tan grave.
No sé qué hacer.
LEON. ¡Que no sabe
usted qué hacer? ¡Pues me gusta!
¡Trabajar! De muchos modos
se trabaja, y no es exceso
trabajar, ¡y para eso
hemos venido aquí todos!
¿Usted cree que su misión
en este mundo es holgar
y divertirse y gastar,
y con nécia *sans façons*
pasar alegre la vida
sin aprensión ni sosiego
entre la casa de juego
y el hotel de la querida?
¿No tiene usté inteligencia
y manos? Pues á ser hombre,
á saber ganarse un nombre,
á luchar por la existencia,
á olvidar la vida de ántes,
á trabajar como honrado
y á echar con desdén á un lado,
los perfumes y los guantes.
CARLOS. ¡León!
LEON. Yo no estoy dispuesto
á volver más por allá.
Vacante mi puesto está,
para usted será mi puesto.

Aquella tierra es venero
de riqueza, un Potosí.
¡No descanse usted allí
para hacer mucho dinero,
que las manos no le basten,
mándelo cual lo mandó
su padre, que aquí estoy yo
para que no se lo gasten!

Carlos. ¡Mendoza!

Leon. Y si es que algún día
se siente desfallecido,
piense usté en el ser querido
que para ustedes vivía.
Al salir de la gran mina
á quien llaman *La Encomienda*,
tome usted por una senda
que á la izquierda se encamina.
Llegará usted á un paraje
solitario, agreste, hermoso.
Al pié de un árbol frondoso
que alza su verde ramaje,
oscuras piedras levantan
una humilde sepultura...
El agua á sus piés murmura,
sobre ella las aves cantan...
Hay una breve inscripción
grabada en la piedra viva.
«Á mi pobre Pepe» arriba,
y más abajo «León.»
De sus pasos al andar
aquél debe ser el polo.
Allí de rodillas, solo,
debe rezar y llorar;
que aunque allí debe dormir
su cuerpo, él desde los cielos
sabrá mandarle consuelos
y fuerzas para seguir!

Carlos. Si, Mendoza, amigo mío,
usted cual padre me ha hablado.
Reniego de mi pasado.
Pero ya no desconfío.
Yo de enmendarme respondo.

Lucharé como un león.

LEON. (Le toqué en el corazón.
¡Tiene este chico buen fondo!)

ESCENA XV.

DICHOS, SERAFINA, MERCEDES y ROSA por la derecha.

ROSA. Yo deseo darle ahora
la enhorabuena.
MERC. Ven, sí.
SERAF. Pero, Pablo ¿no está aquí?
LEON. No está Pablo, no señora.
CARLOS. Ven, Rosa, escucha un segundo.
ROSA. ¿Qué quieres, Cárlos?
CARLOS. Te llamo
para decir que te amo
delante de todo el mundo
ROSA. ¿Qué dices? ¡No estoy soñando!
¡Me quieres!
CARLOS. Te adoro, Rosa.
Juro que serás mí esposa
algún día, no sé cuando.
MERC. ¡Prima de mi vida! ¡Albricias!
LEON. (Abrazando á Cárlos.)
¡Bravo! Satisfecho estoy.
SERAF. Vaya, en esta casa hoy
todas son buenas noticias.

ESCENA XVI.

DICHOS y D. RAMÓN por el fondo.

RAMON. Señores... (Esto acabó.
¡Pobre gente!... ¡Pobre casa!)
¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pasa?
¡Todos contentos!
SERAF. Pues no.
MERC. Yo quiero que usted me dé

la enhorabuena.

SERAF. Y á mí.

¡Se casa Mercedes!

RAMON. ¿Sí?

¿Y con quién?

SERAF. Con Pablo.

RAMON. ¡Qué!

¿Cnándo se ha resuelto?

SERAF. Ahora.

Es un asunto arreglado.

RAMON. Pero si Pablo es casado.

SERAF. ¿Es casado?

RAMON. Sí, señora.

SERAF. Pero si él ha dicho aquí
antes... delante de ustedes.

MERC. ¡Es casado!

LEON. Sí, Mercedes.

SERAF. ¡Casado!

CARLOS. Sí, madre, sí.

SERAF. ¿Entónces ese hombre impío,
qué es lo que nos ofrecía?

CARLOS. ¡Calla por Dios, madre mía!

MERC. (Rompiendo á llorar.)
¡Oh! ¡qué vergüenza, Dios mío!

LEON. Mercedes ¿por qué manchó
su rostro el llanto cruel?
La vergüenza es para él,
para usted, Mercedes, no.
No incline la frente al suelo,
mire arriba sin sonrojos,
que esa frente y esos ojos
son tan puros como el cielo!

CARLOS. Ahora, madre, debo hablar
yo, con mesura y con calma.
Ya has visto, madre del alma,
donde ibamos á parar.
Á tiempo me convencí,
y mi culpa enmendaré,
y á América partiré
trás el padre que perdí.

SERAF. ¡Nos dejas!

CARLOS. Es necesario.

ROSA. ¿Te vas?
CARLOS. Sí, Rosa querida.
Ya lo veis, no la gran vida,
no este lujo extraordinario,
tal derroche, tal desórden,
tanto despilfarro, madre,
no, la vida de mi padre,
la del trabajo y el orden
y el ahorro.
LEON. En puridad,
¡la vida decente!
RAMON. ¡Bravo!
(Siempre este hombre al fin y al cabo
dice alguna atrocidad.)
CARLOS. Yo cambiaré vuestra suerte,
yo sabré luchar con bríos.
LEON. ¡Bien!
SERAF. Perdonadme, hijos míos.
MERC. ¡Perdonarte á tí! ¡Quererte!
(Mercedes, Rosa y Cárlos la rodean y la abrazan. Ramón y León al otro extremo.)
LEON. Al fin todo se remedia.
Estoy loco de contento.
RAMON. Esto acaba en casamiento
lo mismo que una comedia.
Cárlos, que se arrepintió,
se casa con Rosa á gusto,
usted con Mercedes.
LEON. ¡Justo!
¡Y usted con la madre!
RAMON. ¡Yo!
Hombre, no sea usted cruel.
LEON. Usted á burla lo toma.
RAMON. Don León, que no hablo en broma,
Mire usted el grupo aquél.
Ellas, la misma inocencia,
la madre, loca, él, ligero.
Ahí falta un hombre de acero
que mande, una inteligencia
que á todos sirva de guía.
LEON. Tiene usted mucha razón;
de eso mismo el corazón

me hablaba y no le entendía.
Me querrá, aunque no la cuadre,
yo conquistarla sabré.
Puedo ser su padre... ¿y qué?
¡Seré su esposo y su padre!
(Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.